



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.
Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.
 No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.
 Los números sueltos se venden á 75 céntimos.
 Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA. — *Golfo de Guinea*: Escuelas.—Conversiones.

Conesa: Desde la República Oriental á la Patagonia.

Pe-tché-ly Septentrional: Reconstrucción de la iglesia de Tien-tsin.—Monumento en honor de las víctimas de la matanza de 1870.

Victoria Nyanza Septentrional: Detalles de la muerte del Ilmo. Guillermain, vicario apostólico.

UN MISIONERO DE FILIPINAS BENEMÉRITO DE LA RELIGIÓN Y DE LA PATRIA (conclusión).

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS (conclusión).

EN LOS RÍOS DE MONDA.—X, A paso acelerado.—Cascaídas y bosques.—XI, En el pueblo de Evore-d'Hule.—Pícaros y golosos.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER.—I, En la región de Tombuctu.—De Kabara á Rhergo (continuación).

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—IV, La Sociedad de las Misiones Extranjeras en el Tonkín.—Ilustrísimo de la Motte-Lambert.—Las Amantes de la Cruz.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE.—Templo de Santa Rosa.

CRÓNICA.—Buenos Aires.—Corea.—Victoria Nyanza Septentrional.

VARIEDADES.—Escenas del Sanatorio. ¡Pobre Agustín! —El día de un misionero.

SUSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

ILMO. GUILLERMAIN, vicario apostólico del Victoria Nyanza.

IGLESIA DE SAN LUIS EN TIEN-TSIN.

RDO. P. CLAUDIO CHEVRIER, lazarista.

RDO. P. VICENTE OU, sacerdote chino.

IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS EN TIEN-TSIN.

SEPULCROS PROVISIONALES DE LAS VÍCTIMAS DE 1871 EN CHINA.

SAN FRANCISCO BENDICE Á SU PATRIA, Y SE DESPIDE DE ELLA PARA EL CIELO.

EL P. MONNIER VADEANDO EL NDJEMBWÉ.

EL "AUBE" ANCLADO.

VISTA PARCIAL DE EVORE-D'HULE.

LEA O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

Reinaba una profunda expectación, y todas las miradas estaban fijas en Constantino. Este avanzó hasta donde estaba el anciano, postróse á sus piés tocando con la frente en el suelo, y dijo con voz que resonó en medio del universal silencio:

—Padre Santo, confieso ante Vos y ante el pueblo cristiano que he sido esclavo del error y del pecado y he hecho causa común con los perseguidores de la Iglesia: he pecado por debilidad, he pecado por orgullo; no soy digno de tocar el umbral del sepulcro de los Apóstoles; pero, pues Dios me ha levantado entre los príncipes de los pueblos, pues ha colocado el poder en mis manos, hago voto y prometo elevar en este sitio, sobre el sepulcro glorioso del Príncipe de los Apóstoles, una basilica en donde Cristo sea adorado, y la memoria de Pedro honrada para siempre.

Constantino pronunció estas palabras con fuerza, pero fueron acompañadas de lágrimas: el señor del mundo lloraba pensando en sus faltas y en las maravillas de la misericordia divina. Después juntando la humildad de la acción á la humildad de sus palabras, despojóse de su clámide, tomó un azadón, removió el suelo, y llevó en sus hombros doce espuelas de tierra fuera del lugar en que debía colocarse la primera piedra de la basilica Vaticana. Así Vespasiano había trabajado en los fundamentos del Capitolio, destruido por un incendio.

Los arquitectos señalaron en tierra el plano de la iglesia futura que debía encerrar el sepulcro de San Pedro y de sus primeros sucesores; la gruta en que reposaban el Apóstol crucificado y los primeros Pontífices mártires debía ser la base de este monumento hacia el cual convergerán los pueblos y los reyes, monumento que el genio decorará con sus sublimes creaciones, y que la piedad consagrará con tantas oraciones y lágrimas derramadas bajo sus bóvedas misteriosas.

—¡Qué magnífico! exclamó Antonia á me-

dia voz; esto es más bello que ver entrar á nuestros Césares cargados de laureles; pero decidme, noble Constancia; ese anciano vestido de blanco, á cuyos piés se ha postrado el Emperador, ¿es el que los cristianos veneran como jefe de su religión?

—Es el sucesor del apóstol Pedro, respondió Constancia con cierta expresión de respeto, y los que le acompañan son confesores de nuestra fe. Unos fueron atormentados en el ecúleo, otros fueron condenados al destierro ó á trabajar en las minas; y ahora gracias á mi padre, ó mejor, gracias á mi Dios, son libres, están rodeados de veneración, y la mayor parte de ellos ofrecen los santos misterios en el altar.

—Pero esos misterios, repuso Lea con voz trémula, ¿no son dignos de horror? Perdonad, noble Constancia; esto piensan los paganos.

Oyó Elena estas palabras, y dijo:

—Joven, nuestros misterios son inocentes y santos, ninguna víctima es inmolada en nuestros altares; en ellos ofrecemos una hostia pura, inmaculada, y á ella juntamos la oblación de nuestros corazones. Quédense para los paganos los oráculos de Apolo, los misterios de Cibeles y los sangrientos sacrificios que inmoláis á vuestras divinidades.

—Señora, contestó Lea, me han enseñado á venerar los dioses del imperio y á temer las supersticiones extranjeras; ¡cuán extraño me parece cuánto veo en este día!

—Hija mia, dijo Elena con benignidad; un Dios os ha amado con amor tierno, y este Dios no os abandonará.

—¡Mirad! exclamó Antonia.

El cortejo continuaba su marcha; el Papa Silvestre bendecía á la muchedumbre desde la *sedia gestatoria*; Constantino tomaba el camino del palacio de Letrán, y el pueblo le seguía con grandes aclamaciones.

—¡Larga vida al Emperador que ama al Cristo!

Los trabajadores, animados de un santo celo, cavaban la tierra y preparaban los fundamentos de la basilica de San Pedro.

CORRESPONDENCIA

GOLFO DE GUINEA

Escuelas.—Conversiones

El R. P. Gaspar Pérez, C. M. F., escribe al *Iris de Paz* la siguiente interesante correspondencia:

CON brevedad voy á dar á V. algunas noticias sobre la cristiandad de Corisco. Primeramente, en cuanto á los dos colegios de niños á nuestro cargo y de niñas á cargo de las Religiosas Concepcionistas, estamos muy satisfechos, tanto por sus adelantos en la instrucción que tan abundantemente se les da todos los días en la escuela y conferencias, como también por su conducta moral bastante buena; así lo han reconocido todas las personas de importancia al visitarnos. Entre otras, el señor Gobernador general de la Colonia al presenciar los exámenes de estas escuelas, quedó muy complacido de lo bien que respondieron estos niños á las diferentes preguntas que se les hicieron, y de la perfección con que leen y escriben, dirigiendo expresiones muy laudatorias.

De su buena conducta moral también tenemos bastantes pruebas que aducir; ya la grande aplicación con que se dedican cada día al trabajo en las horas de fuera de la escuela, sin dar lugar á la pereza, ya la devoción con que todos los meses reciben los Santos Sacramentos, haciéndolo al presente los primeros viernes de mes en obsequio del Sagrado Corazón de Jesús, ya también el aborrecimiento que tiene al pecado, de que dan pruebas frecuentemente.

Verdad es que corresponderían muy mal si no tuviesen esa buena conducta, con la grande comodidad y facilidad que se les proporciona en la Misión para que vivan cristianamente. Pues aquí, además de que están libres de los peligros que tienen en sus pueblos, se les vigila y corrige mucho, y ya en la escuela, ya en otras instrucciones que se les da, son abastecidas sus almas abundantemente con la palabra divina, que tanta virtud tiene para santificar las almas.

Año VI.—Número 139

Este año, al fin de la Cuaresma, les dió ejercicios espirituales el reverendo Padre Superior, haciéndoles dos pláticas diarias sobre los puntos de más interés y utilidad para sus almas, presentándoles los asuntos con mucha claridad y orden y con abundancia de ejemplos, de manera que le pudieron muy bien entender.

Con estos y otros medios procuramos civilizar á estos niños, con la esperanza de que en lo sucesivo no han de seguir, sino que abandonarán las degradantes costumbres de sus padres gentiles, y continuarán en la práctica de la verdadera Religión de Jesucristo, que es la única que siempre ha sacado del error y de la barbarie á todas las naciones. La esperanza sería cierta y el triunfo seguro, si no atendiésemos más que á su ins-

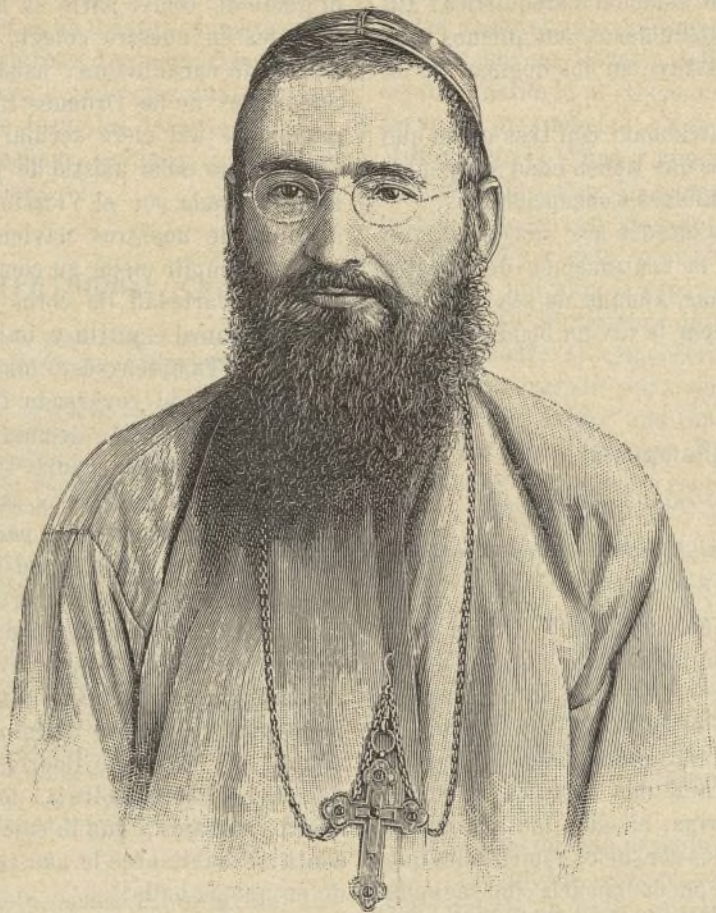
trucción y conducta actual; pero en medio de esos visos tan halagüeños, no dejamos de conocer á fondo los muchos y graves obstáculos que en el decurso de su vida se les opondrán para impedirles la perseverancia en el buen camino empezado; y á remediar esos impedimentos y á procurar que lleven adelante el bien comenzado, se dirigen los esfuerzos de los misioneros.

En cuanto á los demás isleños, algunos se han convertido; pero muchos más son los que persisten obstinados en las tinieblas de la gentilidad ó en la frialdad del Protestantismo. Los que se convierten, por lo general, son constantes en las prácticas de la Religión, gustan de oír la palabra divina y de recibir los Santos Sacramentos, aunque tengan que hacer el sa-

crificio de venir desde una hora lejos.

Entre estas buenas almas hay dos que considero dignas de mención. La primera se llama Magdalena, el otro Joaquín. Magdalena es una de las primeras cristianas que hicieron nuestros misioneros que vinieron á fundar esta Misión. De edad de unos cuarenta años, viuda ya entonces; y así continúa también ahora. Es modelo de buenas cristianas, y como la abanderada de todas las otras. Además de cumplir exactamente todas las obligaciones comunes, nunca falta á Misa y al Rosario y á visitar al Santísimo Sacramento varias veces. Comulga dos veces por semana y todas las fiestas de entre año. Se ha distinguido siempre en obedecer y poner en práctica los avisos é instrucciones que le han dado los Padres misioneros para su aprovechamiento espiri-

1 de Octubre de 1893



ILMO. GUILERMAIN, VICARIO APOSTÓLICO DEL VICTORIA NYANZA SEPTENTRIONAL. (Pág. 433)

tual; y así, dejó su pueblo y parientes para venirse á vivir junto á la Misión, y estar cerca de la iglesia donde pueda satisfacer mejor su piedad sin hacer caso de la oposición de sus parientes ni de otro respeto humano.

Su casa parece una capilla por tantas imágenes de Santos que tiene. En fin, podemos decir de ella que *sortita est animam bonam*, y se le pueden aplicar, á nuestro parecer, muchos de los elogios que el Espíritu Santo da en las Sagradas Escrituras á las viudas.

Joaquín es un hombre casado, de unos treinta y tres años de edad, de un alma muy buena, tan firme y amante de la Religión, que abrazó también desde el principio de la Misión, que da continuas muestras de que su corazón está empapado y lleno del amor de Dios.

Vive á unas dos horas de la Misión, y tiene convertida su casa en una como estación catequística: allí reúne todos los días los catecúmenos con quienes reza el Rosario y á quienes instruye en los dogmas de la Religión.

Dios ha bendecido su matrimonio con tres niñas que le ha dado, de las cuales dos que tienen edad suficiente, están en el colegio de las Madres Concepcionistas.

Casos como los que llevo citados nos sirven de gran consuelo y estímulo para la continuación de nuestro grandioso fin de salvar almas, aunque no sea muy crecido el número de las que por la divina bondad entran en el redil de la Iglesia.

CONESA (Patagonia)

Desde la República Oriental á la Patagonia

El R. P. Juan Beraldi envía al *Boletín Salesiano* la siguiente relación que gustosos copiamos:

El amor y la gratitud que profeso á V. R. me obligan á tomar la pluma para darle noticias de mi viaje á la Patagonia con motivo de mi destinación á la Casa de Conesa, sobre la costa del Río Negro.

El 24 de Enero de este año abandonaba la querida ciudad de Paysandú, centro de mis trabajos, á donde, auxiliado por la gracia divina, ha sido tan abundante la mies que he recogido y los consuelos espirituales que he experimentado, que bien puedo llamarla «mi segunda patria y dulcísimo recuerdo de mi vida.» Después de dieciséis horas de ferrocarril llegaba á Montivideo á las seis de la mañana del día 25, y tuve la grata satisfacción de celebrar la santa Misa en la capilla pública de nuestro colegio del Sagrado Corazón de Jesús, alegrándome inmensamente al ver el gran número de Comuniones que allí se hacen: es el Divino Jardinero, que cuida y riega sus flores celestiales; es el Buen Pastor, que lleva sus ovejas á buenos pastos, y ellas oyen su voz y le siguen.

Después de haber saludado á todos mis buenos hermanos fuí al colegio *Talleres D. Bosco* para saludar al R. P. José Gamba, hasta ahora mi amado inspector: vi los salones que forman la Casa provisoria, y vi también el nuevo edificio que están levantando y que será una obra maestra, digna de la noble ciudad de Montivideo. Son á centenares y centenares los niños que allí se educan, y numerosos los fieles que tienen proporción de escuchar la palabra de Dios y de recibir los santos

Sacramentos. ¡Oh, es esta una verdadera casa salesiana, y D. Bosco desde el cielo la ha de bendecir!... La tarde de ese mismo día me trasladé á *Las Piedras*, pueblo hermoso y muy católico, donde está instalada la Casa de noviciado. Allí fuí recibido con muestras de singular cariño por el celoso y muy distinguido señor director D. Félix Guerra y por todos nuestros novicios y aspirantes. Al verlos tan buenos, tan modestos y al mismo tiempo tan alegres y cariñosos, me admiré de tanta virtud y decía en mis adentros: «El Ilmo. señor Lasagna y el P. Cipriano sin duda ruegan desde el cielo por sus hijos: son, pues, las oraciones de un mártir glorioso unidas á las de un santo confesor, las que alcanzan de Dios, para nuestra Congregación, tantas y tan escogidas flores uruguayas.» El día 29 tuve el gusto de tomar parte en la fiesta de San Francisco de Sales en nuestro colegio Pío de Villa Colón. Fué una fiesta encantadora; asistieron á ella casi todos los Superiores de las Ordenes Religiosas y los principales personajes del clero secular. El Ilmo. Sr. arzobispo D. Mariano Soler asistió de pontifical á la Misa solemne, celebrada por el Vicario general. El canto estuvo á cargo de nuestros novicios de *Las Piedras*: no podían cumplir mejor su cometido; eran setenta voces, que con variedad de coros y con celestiales armonías arrebatában el espíritu y lo levantaban á pensamientos sublimes. También gustó muchísimo el panegírico pronunciado por el reverendo Padre superior de los Capuchinos. El día 31, décimo aniversario de la muerte de nuestro querido Padre D. Bosco, en unión de los clérigos Fabeiro y Alonso salí de la querida República Oriental, embarcándome para Buenos Aires. En esta gran capital tuvimos el gusto de visitar el grandioso *Colegio Pío IX*, de Almagro, el Oratorio festivo, el santuario de María Auxiliadora, la iglesia y el nuevo colegio de Santa Catalina V. y M., la devota y muy frecuentada capilla *Mater Misericordiae*, y la iglesia parroquial y el nuevo colegio de la Boca. Aquí encontramos al P. Esteban Bourlot en un estado deplorable de salud. ¡Pobre Padre!... los grandes disgustos y excesivos trabajos á que le sujetaba una parroquia de sesenta mil habitantes le han reducido al deplorable estado en que se halla.

El día 3 de Febrero por la noche salimos de Buenos Aires y fuimos por ferrocarril hasta Bahía Blanca, á donde llegamos al día 5 por la tarde. En Bahía tuvimos la suerte de encontrar al Ilmo. Sr. Cagliero, quien nos recibió con paternal cariño. Pasamos dos días en el colegio «Don Bosco», visitamos la hermosa capilla de *La Piedad*, y vimos la iglesia parroquial en construcción. El día 8 muy temprano, en compañía de nuestro querido monseñor emprendimos el viaje en diligencia hasta el río Colorado. Descansamos en nuestra Casa de Misión, sobre la costa del mismo río, y á la mañana siguiente volvimos á seguir nuestro viaje hasta Patagones, á donde llegamos á las ocho de la noche tan rendidos y cansados, que no podíamos con nuestra alma. Esa misma noche vinieron el señor Gobernador y las principales Autoridades del territorio del río Negro á felicitar á su señoría ilustrísima, llenándonos á todos de mil atenciones y acompañándonos hasta Viedma.

Muy amado Padre D. Rúa, yo me figuraba la Pata-

gonia mucho más linda, pero reconociendo mi error, me he persuadido de que sólo el amor de Dios puede dulcificar la habitación en estas tierras desiertas y áridas. ¡Pobres misioneros! ¡Pobres Hermanas de María Auxiliadora!... ¡Cuántos sacrificios y privaciones!...

El Ilmo. Sr. Cagliero señalóme pronto mi destino enviándome á la Casa de Conesa á 40 leguas de Viedma. Me embarqué, pues, en el vapor *Limay* con las Hermanas Superiores de los Colegios de Pringles, de Conesa y de Roca, pero apenas pudimos llegar hasta Pringles, quedando después varado el vapor en un banco de arena. Tuvimos que desembarcar y hacer en carruaje lo restante del camino.

Amado Padre, finalmente he llegado á donde la Providencia me llamaba: he cumplido la voluntad de mis Superiores y estoy contento. Sé que la vida del Misionero es vida de mártir, pero es un martirio dulce y amable, pues tenemos entre nosotros á Jesús Sacramentado, quien nos mira y nos alienta, y ¿qué más queremos?... Gozando de la compañía de Jesús los desiertos se vuelven amenísimos y deliciosísimos jardines, pues en El se encuentran todos los bienes.

PE-TCHÉ-LY SEPTENTRIONAL (China)

Reconstrucción de la iglesia de Tien-tsin. — Monumento en honor de las víctimas de la matanza de 1870.

La ciudad de Tien-tsin, que cuenta un millón de habitantes aproximadamente, y es de las más importantes del Celeste Imperio, está situada cien kilómetros al Sudeste de Pekín, ciudad de la cual es considerada como puerto marítimo, á pesar de que dista más de cincuenta kilómetros del mar: el río Pei-ho la pone en fácil comunicación con el Océano. La matanza del 21 de Junio de 1870 dió por espacio de varios años triste celebridad al nombre de Tien-tsin. Diez Hermanas de San Vicente de Paúl y dos misioneros, el P. Chevrier y el P. Ou, sacerdote chino, fueron bárbaramente asesinados en la precitada fecha. El cónsul de Francia y su intérprete, dos negociantes franceses, tres residentes rusos á los que creyeron franceses, todos los empleados de los Padres Lazaristas y de las Hijas de la Caridad y más de cien Hermanos perecieron en esta terrible hecatombe. La correspondencia siguiente remitida por el vicario general de Pekín P. Favier, lazarista, comunica la grata nueva de que se ha obtenido solemne reparación, debida á la energía é inteligente celo desplegados por el distinguido embajador francés en Pekín Mr. Gérauld.

Las matanzas de Tien-tsin, acaecidas el 21 de Junio de 1870, tuvieron gran resonancia en Europa, pero mucho mayor en China: siete franceses, frente los cuales deben colocarse el cónsul francés y su intérprete; dos misioneros católicos y diez Hijas de la Caridad, cayeron despedazados con inaudita fiereza bajo los golpes de crueles asesinos pagados para que cumplieran su misión.

Las desgracias de la Francia impidieron vengar este crimen por el cual en otro tiempo los chinos hubieran llevado su merecido. Fué preciso contentarse en aquel entonces con las excusas más ó menos sinceras presentadas al Presidente de la República por un embajador chino, embajador que él mismo representó en estos sucesos el papel de Pilatos. Aceptóse una reparación pecuniaria por los daños materiales, y la reparación moral, de la cual tanto había menester, dejóse para tiempos mejores. Desde entonces, durante veintiséis años, todo el mundo pudo visitar los sepulcros provisionales

erigidos á las víctimas, y las ruinas del incendiado templo cuya fachada, casi intacta elévase á orillas del río como monumental testigo de lo incompleta que fué la reparación, monumento que llena de dolor el corazón de todo europeo y aun el de los mismos chinos. Al ver estos tristes restos todos los visitantes volvían dolorosamente impresionados preguntando:

—¿Cuándo se reconstruirá esta magnífica iglesia? ¿Cuándo estas víctimas de la barbarie tendrán digna sepultura? ¿Cuándo se obtendrá verdadera reparación moral de estos inolvidables crímenes?

Grandes esfuerzos se hicieron encaminados todos á la pronta consecución de este deseado fin; los representantes de Francia y los Obispos que se sucedieron en Pekín hasta el año 1896 no tuvieron la dicha de lograrlo. El honor de llevar á feliz término tan ardua tarea estaba guardado al Excmo. Sr. Gérauld, cuyos buenos servicios prestados al Gobierno de la República, á las Misiones de la China y aun al Gobierno chino, son bien conocidos de todos. La excepcional situación y el influjo adquirido en tres años de no interrumpidos trabajos, dieron medio á este ministro, apreciado por todos, de imponer á la China la reparación por tan largo tiempo deseada. En Septiembre de 1896, y después de visitar detenidamente el cementerio y las ruinas, visita que no pudo realizar sin conmoverse profundamente, Mr. Gérauld resolvió exigir una reparación tal como la pedían los misioneros y el honor de la Francia.

Concurrió á la primera reunión de los príncipes y miembros del Gobierno chino, y en ella expuso el descrédito que semejante estado de cosas hacía recaer sobre la China: manifestó como esta nube que se interpuso entre las relaciones de los dos países no se había disipado aún, y cuán absolutamente necesario era el poner fin á este estado de cosas cuya interinidad era inadmisibla entre dos naciones amigas. Su elocuencia alcanzó el más completo éxito, y los príncipes convinieron en un arreglo que fué definitivamente aprobado por los despachos oficiales.

Las bases de este arreglo son las siguientes:

1.^a La iglesia será reconstruida por completo, tal como existía en 1870; se conservará la fachada restaurándola, sin que sufra el menor cambio.

2.^a Los trece féretros en que están guardados los restos de las víctimas serán trasladados á dicha iglesia: cada uno de éstos tendrá su nicho propio, sobre del cual habrá una lápida de mármol blanco, formando así como trece capillas á la parte inferior de los lados del edificio.

3.^a Sobre el montecillo de rocas á cuyo rededor perecieron las principales víctimas, se elevará un monumento hecho de mármol blanco, en la cual se grabarán las palabras *Tje-kien* (por orden imperial) y el decreto del emperador T'oungtche, del 30 de Junio de 1870, en el que su majestad deplora y condena la matanza, ordenando el castigo de los culpables.

4.^a Esta lápida será cubierta por un pabellón imperial de tejas amarillas barnizadas que llevará el nombre del emperador Kouang-su, en el reinado del cual se habrá erigido.

Resueltas en Pekín todas las dificultades que pudieran presentarse, se comunicaron instrucciones al consulado general de Tien-tsin por el ministro de Francia, y á las Autoridades de dicha ciudad por el *Tsoungh li-Yamen*. Faltaba sólo emprender vigorosamente la obra, pues estas cosas no deben demorarse mucho tiempo.

Después de buscar algunos días, la Providencia hizo descubriéramos á poca distancia de Pekín un magnífico bloque de mármol blanco el cual, junto con su basamento, medía á lo menos cinco metros cincuenta centímetros de alto por dos de ancho. Este bloque soberbio, coronado y rodeado de dragones imperiales, había sido labrado para el sepulcro de la familia de un príncipe, pero no llegó á servir. El precio de compra, considerable, era nada comparado con los gastos de transporte: la piedra con su basamento pesaba quince mil kilogramos: seis días fueron menester para transportarla hasta el río, por caminos que debían irse preparando, en dos carros contruidos exprofeso y arrastrados por sesenta mulas.

Firmados los contratos de compra y transporte, partí para Tien-tsin: parece que el espíritu del mal, justamente irritado por la solemne reparación que se preparaba, quiso intentar un postrero esfuerzo para ver si lograba impedirlo. Encontrábame á diez kilómetros de Pekín, cuando cayó el conductor de mi carruaje y la rueda pasó por encima de su pierna fracturándola. Nos hallábamos en despoblados campos: el desgraciado hombre sufría horriblemente: al cabo de media hora aproximadamente, el buen Angel nos deparó dos compasivas personas, y un curandero del pueblo vecino hizo la primera cura. Instalado el herido lo mejor posible en la casa de aquellas buenas gentes, proseguí mi camino con un cochero improvisado, y á las dos horas entraba en la barca.

No había acabado. Cinco horas y media después, pasando por delante de un convoy de juncos tripulados por gente de Hou-nan, que llevaban arroz para el Emperador, fuimos detenidos por estos corsarios fluviales, á los que todo el mundo teme mucho: querían apoderarse de nuestra embarcación para servirse de ella, ó cuando menos con el intento de exigir rescate. Mis pacíficos marineros con mucha política invocaban, entre otras cosas, mi cualidad de europeo, y negábanse á someterse á sus exigencias. Entonces una docena de pequeñas embarcaciones destacáronse de los juncos: los malhechores que las tripulaban, lanzando gritos de rabia invadieron nuestra embarcación, arrojaron lejos la carta que les presentaba y mi cartera, al igual que todas las provisiones que estaban sobre el puente, rompieron los barquichuelos y saquearon todo cuanto cayó bajo sus manos. En un instante el capitán de la embarcación tuvo el cráneo roto, su anciano padre cayó al lado suyo, mi criado y tres jóvenes remeros desaparecieron. Puertas y ventanas volaban hechas astillas, y yo me encontré solo para hacer frente á aquellos bandidos.

A Dios gracias no soy muy joven, y sólo supe oponerles una calma más aparente que real; durante media hora dudé si moriría ahogado ó se contentarían con

aporrearme. Invoqué al bienaventurado Perboyre, cuya fiesta iba á celebrar en Tien-tsin, y estoy plenamente convencido que en la tarde del 15 de Noviembre debí la salvación. Estas gentes tiraban de mis hábitos y barba. Uno de ellos iba á asestarme en la cabeza un golpe de maza que tuve la fortuna de evitar. Finalmente, al cabo de media hora de congojas, un hombre menos desvergonzado que los demás subió en la embarcación acompañado de un niño muy bien vestido; el primero parecía ser el secretario y el segundo el hijo del mandarín, director del convoy de juncos.

Este mandarín desde el principio presencié el ataque sin hacer nada para protegernos. Sus enviados hicieron evacuar la embarcación: luego saludándome en chino me dijo:

—Señor, todo ha terminado. Podéis continuar vuestro camino; nosotros nada diremos de cuanto ha pasado, haced vos lo mismo.

Contesté friamente con este axioma chino:

—Cada cual obra como le parece.

Hízome entonces y con él el niño numerosos saludos y suplicóme una y otra vez que nada dijera: luego abandonaron la embarcación.

Bien hubiera deseado alejarme más veloz de aquel infausto lugar, pero ¿cómo lograrlo? Dos tripulantes permanecían tendidos sobre el puente, los otros cuatro habían desaparecido. Al breve rato vi levantarse una tabla y aparecer la cabeza de mi criado: él y otros tres jóvenes escondiéronse prudentemente al fondo de la embarcación.

Levantamos el áncora, y la embarcación siguió la tranquila corriente de las aguas algunos centenares de metros. Curé lo mejor que supe á los heridos, y prometíles indemnizarles de cuantas averías sufriera la nave: les mandé acostar, y proseguimos el viaje hasta las diez de la noche. El siguiente día por la mañana el viejo marino pudo empuñar el timón, pero su hijo, cuyas heridas eran algo graves, continuó en cama.

Este día 6 fué muy triste: encontrábamnos entre restos del anterior saqueo y sin nada que comer. A las tres de la tarde faltábannos aún más de treinta kilómetros para llegar á Tien-tsin. Avisté á orillas del río un carruaje, dejé la barca y subí en él, pues á toda costa deseaba poder el siguiente día celebrar el Santo Sacrificio para dar gracias al bienaventurado Perboyre. Después de peligros sin cuento, de obstáculos y de combates en las calles, que me obligaron á buscar refugio en el fondo de una tienda, donde permanecí dos horas escondido, pude llegar á las ocho y media de la noche á nuestra procura y allí descansar.

El día siguiente á las cinco y media de la mañana celebré el santo sacrificio de la Misa en honor del bienaventurado Mártir; dirigíme luego al consulado general de Francia donde relaté mis aventuras al conde de Chaylard. Escribí también al ministro plenipotenciario en Pekín, el cual pasado algún tiempo obtuvo edictos protectores y el castigo de los culpables.

El día 9, á las tres de la tarde, el cónsul de Francia, el gobernador de la ciudad y yo nos reunimos en Ouang-hai-leou, entre las ruínas de la incendiada iglesia. Las

palabras pronunciadas por el mandarín nada dejaron que desear: había recibido órdenes del Virrey, quien á su vez las tenía de *Tsoungh-ly-Yamen*: sabía, pues, á qué atenerse. Arreglóse todo sin que surgiera la menor dificultad: el alto funcionario prometió mandaría evacuar el malecón, colocaría guardias y designaría un pequeño mandarín que les mandase y asegurara de un modo eficaz la protección y tranquilidad en todo el tiempo que durasen las obras. Yo le dije:

—Estoy plenamente convencido de que cualquier acontecimiento imprevisto lo resolveríais con vuestro acostumbrado buen sentido: pero sabéis tan bien como yo que es preferible prevenir los acontecimientos que castigarlos. Suplícoos, pues, que os dignéis dirigir una proclama advirtiendo á los habitantes para que no ex-

restaurada y convertida en capilla expiatoria; la puerta principal y la extensión de los muros serán los mismos que antes. En consecuencia me ordena velar y proteger la ejecución. Recibida la orden envié acto seguido guardias que garantizasen perfecta tranquilidad, y he avisado también á los *tao-taè* prefectos de la ciudad, para que ejerzan personalmente activa vigilancia.

«Tomadas las antedichas precauciones, promulgo este decreto, notificando á todos los residentes en la ciudad y á los que se encuentren en ella de paso que la antedicha reparación de Ouang-hai-leou debe llevarse á cabo pacíficamente sobre las ruinas de la antigua iglesia y cementerio, y que á nadie sea permitida la entrada, evitando así toda confusión ó desorden. Urge



PE-TCHÉ-LY SEPTENTRIONAL (China).—Iglesia de San Luis en Tien-tsin

trañen ver los obreros que á partir de mañana tengo resuelto emplear en la obra.

Aprobó mi propuesta, y dos días después publicó dos proclamas, una de las cuales fijóse en la puerta del Hong-hai-on y la otra en la de la iglesia.

A continuación copio la primera:

«Yo, Ly, mandarín de segunda clase, *tao-taè* delegado de aduana, *tao-taè* jefe de la prefectura de Tien-tsin, promulgo este decreto para impedir todo desorden.

«Acabo de recibir una carta del Virrey Ouang, jefe de los mares del Norte; me notifica que el ministro de relaciones extranjeras, á petición del excelentísimo señor Embajador de Francia en Pekín, ha permitido que la iglesia de Ouang-hai-leou, en Tien-tsin, fuese

muchísimo que sepa todo el mundo lo que yo ordeno.

«Dado el día cuarto de la 10.^a luna del año 22 del emperador Kouang-su.»

El siguiente día al de la visita del Gobernador, cincuenta trabajadores ocupábanse ya en las obras. Empecé haciendo limpiar las antiguas criptas de la iglesia y derribando los trozos de pared que amenazaban ruina. No habían transcurrido ocho días y ya la fachada estaba consolidada y restaurada, y la techumbre de las tres torres reconstruída por completo. Los antiguos cimientos fueron descubiertos y nivelados, pues reconstruíamos el monumento tal cual era antes de la ruina, sin cambiar nada. Construyéronse también las catorce

columnas de ladrillo que debían servir de base á las columnas de la nave: hecho esto empezóse el traslado de los féretros de las víctimas. Hiciéronse trece grandes cavidades revestidas de ladrillo, entre las trece arca- das de la parte inferior: sobre cada uno de las cua- les colocóse una sólida columna que debió servir de base á las estelas de mármol blanco, en las cuales iba inscrito el nombre de cada víctima.

Hecho esto mandé abrir el sepulcro del P. Che- vrier, y vimos, medio cubierto por el agua, el féretro de tres metros de largo que en 1870 tuve la precaución de exigir á los mandarines para que protegiera el ver- dadero ataúd que contenía el cuerpo de las víctimas. Gracias á esta precaución el último ataúd estaba per- fectamente conservado, al igual que todos los restantes, excepción hecha de dos: el de M. Fontanier, cónsul de Francia, y el que contenía restos de varias Hermanas, con los cuales no pudo formarse un cuerpo entero. La madera de estos féretros por equivocación ó fraude era de mala calidad y echada á perder por completo.

Los huesos del cónsul francés fueron colocados en nuevo ataúd, y nosotros recogimos piadosamente los restos de las asesinadas Hermanas, sin permitir que nadie los tocara. Contamos ocho ó diez tibias, igual nú- mero de omoplatos, unas sesenta costillas y pedazos de cráneos, cuyos huesos representaban, si bien muy in- completos, los restos de cinco ó seis personas. Estas preciosas reliquias, junto con la madera hecha astillas que estaba mezclada con ellas, fueron depositadas en nuevo ataúd: debióse al féretro grande el que nada que- dase olvidado ó perdido. Las trece cajas fueron bajadas á sus nichos respectivos, cerrados por grandes piedras revestidas de cemento, sobre las cuales se levantaron las estelas.

Durante estos trabajos llegó de Pekín el enorme bloque de marmol. Había hecho preparar su emplaza- miento sobre el montecillo de rocas, mandando hacer un hoyo que lleno de cemento y gruesas piedras debía ser- virle de inmovible base sobre la que descansar. El grande basamento en forma de tortuga, que pesa ocho mil kilos, está ya colocado, y á poca distancia vese el bloque sobre el que van grabando el decreto imperial. Los trabajos de reconstrucción adelantan con rapidez.

VICTORIA NYANZA SEPTENTRIONAL (África ecuatorial)

Detalles de la muerte del Ilmo. Sr. Guillermain, vicario apostólico

Al publicar hoy en la pág. 433 el grabado del Ilmo. Guillermain, vicario apostólico del Victoria Nyanza Septentrional, complacé- monos en acompañarle de la siguiente correspondencia escrita en San Pedro, Nsambya (Uganda) el 17 de Julio de 1896 por el Ilmo. Hanlon, vicario apostólico del Alto Nilo, al Ilmo. Livinhac, superior general de los Padres Blancos, la cual da interesantes detalles sobre la muerte del celoso misionero.

HACE pocos días tuve noticia de que el Ilmo. Gui- llermain había sido atacado de una fiebre hematórica. En Nsambya lo mismo que en Ru- бага, esta noticia causó vivo sentimiento. Acordóse rezar oraciones especiales y celebrar dos Misas para la pronta curación del apreciado enfermo. Mas ¡ay! una

noticia más triste es la que viene hoy á sumirnos en profundo dolor: el Ilmo. Guillermain ya no es de este mundo.

Tristeza muy grande me ha causado esta muerte, primero por la inmensa pérdida que con ella sufren las Misiones de este país: luego porque ha arrebatado á un amigo querido por varios conceptos; á un Obispo de la misma edad que yo, y á quien tuve la dicha de con- sagrar; á un misionero que conocía profundamente el país, que poseía la lengua con toda perfección, y que estaba dotado de un celo sin límites para la salvación de las almas. El único consuelo que resta á mi dolor, es la convicción de que después de seis años de sacri- ficios consagrados todos á la salvación de estos pobres negros, gozará en el cielo de gloriosa recompensa.

Desde el día en que recibió la consagración episco- cal, el Ilmo. Guillermain emprendió con aquella serena energía que le caracterizaba la visita de las varias iglesias de su vicariato, debiendo realizar para ello, co- mo V. sabe, bien largos y penosos viajes, y confirman- do á los cristianos siempre que el tiempo se lo permitía.

El próximo pasado mes visitó las islas de Sesé y Buddu, donde le aguardaban más de cinco mil cristia- nos que aún no habían recibido el sacramento de la Confirmación. El 7 de Junio vino á visitarme, y el 9 emprendió la marcha dirigiéndose á Sesé. Durante su permanencia en estas islas sostuvimos frecuente corres- pondencia. La última carta que me escribió está fecha- da en Villa María (Buddu) el día 10 de Julio; es carta de felicitación la más cordial por el día de mi fiesta ono- mástica San Enrique, 15 de Julio. La guardo como precioso tesoro y muestra del singular aprecio que uno á otro nos profesábamos.

Al peso de mi dolor por pérdida de un amigo querido y venerable colega, con lágrimas en los ojos suplico á Dios nuestro Señor se digue conceder á su alma la paz y el descanso eterno.

UN MISIONERO DE FILIPINAS

BENEMÉRITO DE LA RELIGIÓN Y DE LA PATRIA

Apuntes biográficos del M. Rdo. P. Fr. Mariano Gil, agustino, autor del descubrimiento de la re- belión tagala de 1896.

(Conclusión)

III

Los sucesos ocurridos desde aquel día memorable, son bien conocidos de todos, y no hemos nosotros de nar- rarlos en este lugar.

Solamente diremos que, sorprendidos y desconcerta- dos los conjurados por el descubrimiento del P. Gil, no pudieron realizar su intento, tal cual lo habían proyecta- do; y aunque á los pocos días se lanzaron al campo en son de guerra, nada más fácil que haber ahogado y sofocado la rebelión en su misma cuna con un poco más de ener-

gía y decisión por parte de la primera Autoridad de aquel Archipiélago; pero la apatía y falta de carácter del general Blanco proporcionaron á los rebeldes alas con que extenderse y propagarse de tal modo, que ha costado después no poca sangre y dinero el reducir á los alzados (1).

Por lo que toca al P. Gil diremos también que inmediatamente que el elemento español residente en Manila supo la trascendencia del descubrimiento hecho por el humilde Religioso, y la hecatombe que por él se evitó, no escaseó las muestras de su entusiasmo y agradecimiento. Al día siguiente una numerosa representación de todas las clases acudió en manifestación al convento de Tondo, después de haberse dirigido al Capitán general, quien se negó á recibirlos, y al señor Arzobispo, el cual tuvo frases grandemente entusiastas y patrióticas para todos. El P. Gil recibió igualmente agradecido aquella prueba de cariño, manifestándoles con la humildad que le distingue, que no era digno del honor que le dispensaban, y que aquella gloria sólo se debía á Dios, que se había querido servir de él como de instrumento para la obra que había realizado. No por eso dejaron los españoles de continuar aplaudiendo al P. Gil por su patriotismo; antes bien desde aquel día ha venido siendo constantemente objeto de las aclamaciones y aplausos de todos, demostraciones que ha aprovechado el virtuoso agustino para promover otras obras de caridad en favor de sus prójimos.

Muchas son las cantidades que han pasado por su mano, recogidas y destinadas á aliviar la triste suerte de las viudas de los españoles asesinados por los rebeldes ó muertos en campaña, y también al socorro de los soldados heridos en el campo de batalla, como puede verse en el citado *Diario de Manila* (2). A la iglesia de Tondo y al P. Gil han acudido los españoles para celebrar so-

lemnísimas exequias en sufragio de los que han dado su vida por la patria. El escuadrón de Voluntarios leales que se formó en Manila á raíz del levantamiento, nombró al P. Gil su capellán de honor, teniendo á grande honra el que asistiese á las reuniones que celebraban tanto para mantener y alentar el entusiasmo patrio, como para dar la debida forma y organización al Cuerpo. No podemos resistir á la tentación de transcribir el hermoso brindis que pronunció en el banquete con que dichos voluntarios obsequiaron en la noche del 13 de Octubre del 96 á la primera expedición de tropas que allá llegó á bordo del *Antonio López*, mandada por España para castigar á los rebeldes, banquete al cual fué galantemente invitado el ilustre agustino.

Habiendo brindado varios de los más distinguidos concurrentes, expresando todos la satisfacción que sentían por la llegada de refuerzos para acabar con la insurrección, y resaltando en todos los discursos el entusiasmo patrio, se levantó el P. Mariano Gil, dice el *Diario de Manila*, y en medio de la expectación general dijo: «Señores: Poco acostumbrado estoy á brindar, y nunca ante una concurrencia tan respetable é ilustrada; pero aludido y obligado lo haré del modo que mi corta inteligencia y escasa imaginación me lo permitan, previa la benevolencia y dispensa de todos. Después de la grandísima satisfacción que experimenté en la memorable noche del 19 de Agosto, descubriendo el último de los muchos y seguros datos que ya tenía, referentes á la tremenda conspiración que hacía tiempo venía tramándose y estaba próxima á estallar, por haber merecido, aunque indigno, el servir de instrumento al Dios de las misericordias, para librar de una muerte cruel é infame á los españoles residentes en este Archipiélago, á las señoras de una esclavitud mil veces más cruel, infame y degradante que la misma muerte, á la patria de un mar de lágrimas, y á estas islas de una horrible confusión y derrotación completa; después de las entusiastas ovaciones que desde aquella fecha he venido recibiendo de mis nobles compatriotas y del elemento insular que permanece fiel, adicto y reconocido á los innumerables beneficios que la cariñosa madre patria le ha prodigado con exceso de liberalidad, hoy me encuentro honrado de una manera que jamás pude soñar. ¿Cómo, pues, corresponder á tanta honra y á tantas pruebas de gratitud inmerecidas?

«No hallo en este momento otra forma que la de dar rienda suelta á los sentimientos que embargan mi corazón. Brindo, señores, por la base primordial é indefectible del orden social, por la Religión católica, apostólica, romana; por los señores jefes, oficiales y soldados expedicionarios mandados por la patria para castigar el crimen; por el invicto ejército español, cuyas glorias y triunfos no hay necesidad de mencionar, porque están esculpidas en todo corazón español; por todos los voluntarios, que con decidida abnegación y patriotismo han contribuido de una manera notable á mantener sereno y tranquilo el ánimo del vecindario de esta capital y de sus arrabales; y últimamente, como capellán honorario, aunque indigno, brindo por el incansable, valiente, activo, inteligente y dignísimo jefe del escuadrón de Voluntarios. ¡Viva España!» (1).

(1) *Diario de Manila*: 14 de Octubre del 96.

(1) Escribíamos esto cuando creíamos un hecho real y positivo la paz de Biac-na-bató; pero después hemos visto que aquel vergonzoso pacto sólo sirvió para infundir nuevos alientos á los separatistas, y proporcionarles medios con que llevar adelante sus propósitos.

(2) Copiamos del número correspondiente al 6 de Septiembre del 96: «El P. Gil ha entregado á la viuda del malogrado teniente de la Guardia civil de Naic Sr. Pérez Herrero, 250 duros, de los 500 que le fueron entregados por el Sr. Bares, jefe del escuadrón de Voluntarios.» Del 11 del mismo mes y año: «A ruegos del R. P. Fr. Mariano Gil hacemos presente que se desea saber el paradero de la señora viuda del capitán de la Guardia civil Sr. Rebolledo, para entregarla 250 duros que con ese destino hay depositados en aquél.» En otro lugar del mismo número leemos: «Subscripción: La abierta en nuestras columnas á favor de los heridos y familias de los muertos en los actuales sucesos arroja en el día de hoy la cifra siguiente: Suma anterior, 113 duros. El P. Mariano Gil nos ha entregado como donativo de algunos feligreses la cantidad de ciento cinco pesos (duros) en la forma siguiente: Don Félix Vera, 50.—D. Gregorio Santos, 15.—D. Macario Nicasio, 15.—D. Feliciano Eniogue, 25.» En 23 de Octubre del mismo año decía el citado *Diario*: «El R. P. Fr. Mariano Gil ha entregado al señor padre del bizarro capitán de infantería D. Agustín Blanco, que fué muerto en Talisay, cierta cantidad donada por un feligrés de Tondo, para su señora, hija política y nietos.» En 9 de Noviembre del 96: «Un oficial de este ejército ha entregado al P. Mariano Gil la cantidad de 200 duros, para socorrer á los soldados que se inutilicen en las operaciones que se efectúan en la provincia de Cavite, dejando á su prudencia y discreción el reparto de dicha cantidad.» En 21 de Diciembre del mismo año: «El Casino español de Vigan ha remitido al M. R. P. Fr. Mariano Gil, cura párroco de Tondo, la cantidad de 850 duros, para distribuirla entre las viudas y huérfanos de los muertos en la actual campaña.» En 14 de Abril del 97: «Relación de los donativos hechos en favor de la viuda de Rebolledo. El P. Gil y sus feligreses: 200 duros.»

Finalmente, como prueba de las simpatías que despertó en toda la colonia española el celo y patriotismo del P. Gil, copiaremos lo que publicaba *La Ciudad de Dios*, en su número correspondiente al 5 de Diciembre de 1896. Dice así: «Tomamos de *El Movimiento Católico* la noticia de haber sido entregado al M. R. Padre Fr. Mariano Gil, agustino, un diploma, como testimonio de consideración y agradecimiento por haber sido elegido por la Providencia para descubrir la horrible conspiración tramada contra la soberanía de España en Filipinas. El diploma es un trabajo artístico de gran mérito. Se halla extendido sobre una hoja de pergamino; lo rodea una orla de sencillo dibujo, en una de cuyas esquinas se destaca el escudo de España al lado de las armas de la Orden Agustiniense. El centro está ocupado por una dedicatoria escrita en hermosa letra española que dice:

AL MUY ILUSTRE ESPAÑOL
REVERENDO PADRE FRAY MARIANO GIL
CON MOTIVO DEL EMINENTE SERVICIO QUE HA
PRESTADO Á LA PATRIA
DEDICAN EL PRESENTE TESTIMONIO CONMEMORATIVO
SUS COMPATRIOTAS Y ADMIRADORES.

«Siguen las firmas de los que visitaron al ilustre agustino en representación de los demás. (El diploma está fechado en Manila á 21 de Agosto de 1896). El P. Mariano Gil recibió lleno de emoción el presente, que seguramente evocó en su memoria los recuerdos más gratos al corazón de todo Religioso y de todo español: hacer un bien á sus hermanos y prestar á su patria un servicio tan eminente como el del humilde agustino, cuyo nombre no olvidarán jamás sus compatriotas.»

No fué solamente la capital del Archipiélago Filipino la que tales demostraciones hizo en favor del celoso misionero: España entera se conmovió al tener noticia del hecho mencionado, y el nombre del P. Gil, llevado en alas de la prensa periódica, fué conocido hasta en los últimos rincones de la Península. Carrión de los Condes, sobre todo, sintióse orgullosa de haber sido la cuna del insigne patriota, y se apresuró á consagrarle un recuerdo imperecedero, dedicándole una de sus principales calles, y colocando su retrato en un gran lienzo pintado al óleo en las salas consistoriales.

Y por fin, como coronamiento de todos los obsequios y honores que se le han tributado, el reverendo Padre General de la Orden Agustiniense acaba de declarar, según hemos oído, con derecho á todos los privilegios, honores, exenciones y preeminencias de que gozan los que han sido superiores de la Provincia de Filipinas.

A la par que objeto de las aclamaciones de todos los buenos españoles, ha sido también el P. Gil el blanco del odio y de las iras de los enemigos de España.

Según el proyecto primitivo de los conjurados, parece ser que el destinado á haber dado muerte á nuestro biografiado, era el barbero indio que rasuraba al P. Mariano. Poco después del levantamiento recibió también encerrado en un sobre el número de *El Comercio*, en que se publicó su retrato, en que al lado de la estampa del P. Gil habían dibujado con tinta un pu-

ñal dirigido al pecho, y una pistola apuntando á la cabeza, con esta inscripción al pie: *Horas mo na*; que quiere decir: *Llegó tu hora*. Y tan seriamente se juzgó amenazada la vida del humilde Religioso, que para evitar cualquiera atentado, hubieron las Autoridades que disponer que su convento estuviese constantemente custodiado por seis artilleros, debiendo acompañarle dos de éstos siempre que saliese fuera. El reverendísimo Padre General indicóle también que podía retirarse de aquel punto y venirse á la Península, si así lo juzgaba conveniente para su seguridad; pero el P. Mariano no ha creído necesario adoptar esa determinación, y ha continuado en su puesto desafiando las iras de los rebeldes, atrayendo al camino del bien á muchos ilusos, y adquiriendo no pocos datos nuevos y objetos curiosos relacionados con la rebelión (1).

IV

Terminaremos esta reseña biográfica transcribiendo la hermosa semblanza que de nuestro Religioso hace el Sr. Castillo Jiménez, después de referir el modo cómo se llevó á cabo el descubrimiento de la conspiración.

«Voy, dice, á permitirme una digresión, con la venia de mis lectores.

«He de consagrar aunque sean brevísimas líneas en honor del valeroso é ilustrado agustino, que es una figura de magnitud en las presentes circunstancias, y á quien tanto la patria como todos los españoles debemos gratitud inmensa.

«Por rara coincidencia, que tiene mucho de misteriosa, se enlazan los hombres y los hechos de una época lejana contemporánea, de tal suerte que en la historia permanecerán unos y otros adornados con el laurel que la patria ciñe á las sienes de sus más esforzados defensores.

«El hombre de época lejana, es el esclarecido P. Urdaneta; el hecho, la conquista de Filipinas por las bravas legiones que acaudillaba Legazpi.

«El hombre de la era presente, el ilustre P. Mariano Gil; el hecho le denominaremos la reconquista de Filipinas, por haberse descubierto la rebelión que puso á la patria en peligro inminente.

«Estos son los dos hombres y los dos hechos que se atraen y se confunden en un solo pensamiento y en una sola idea.

«Los dos hombres, que en la historia tiene el uno y ha de tener el otro gran relieve, visten, para honor suyo y de la docta Comunidad á que pertenecen, el hábito de San Agustín: que las glorias de esta Orden monástica, en cuanto á Filipinas se refiere, comienzan en 1521 y concluirán cuando los virtuosos Agustinos dejen de existir; porque mientras uno viva que lleve pendiente de su cinturón la sagrada correa, siempre habrá un motivo para que resplandezcan sus grandes virtudes.

«Y comienzan en 1521, porque en esa fecha da principio la dominación española en esta tierra oceánica, y en ella, y con la primera nave que surcó estos mares,

(1) Ultimamente las circunstancias críticas en que se encontraban los españoles de los pueblos inmediatos á Manila, han obligado al P. Gil á renunciar el curato y á retirarse al convento de San Agustín de aquella capital.



RDO. P. CLAUDIO CHEVRIER, LAZARISTA,
ASESINADO EL 21 DE JUNIO DE 1870. (Pág. 435)



RDO. P. VICENTE OU, SACERDOTE CHINO,
ASESINADO EL 21 DE JUNIO DE 1870. (Pág. 435)

vino la primera Misión agustiniana que empezó á evangelizar á los indios y á establecer la sagrada cátedra, desde donde enseñó la doctrina de Jesucristo á los que vivían en las tinieblas.

«La Orden Agustiniana fué la primera que alzó sobre las alturas la santa enseña de Redención, la que enarboló la cruz de Cristo sobre las cabezas de los infieles, señalándoles el camino de la verdad, y ella, con el auxilio de sus ministros y el adelantado Legazpi con el poder de su espada, conquistaron este país y engrandecieron los dominios españoles.

«La cruz y la espada son los dos grandes poderes que han llevado á este ingrato pueblo á la civilización en todas sus manifestaciones, y ambos gloriosos trofeos lucirán eternamente en las islas Filipinas, que no hay quien derroque su imperio omnipotente.

«La milicia de Dios y la milicia humana unidas, son las inexpugnables fortalezas en que descansa la integridad de España en Filipinas, y en la milicia de Dios á los Agustinos les está reservada la gloria envidiable de haber sido los primeros en traer las doctrinas del Cristianismo á estos pueblos, sin que sea escatimable ninguno de los señaladísimos triunfos que ha conquistado en tiempos atrás, que acaba de conquistar y que conquistará en los tiempos sucesivos.

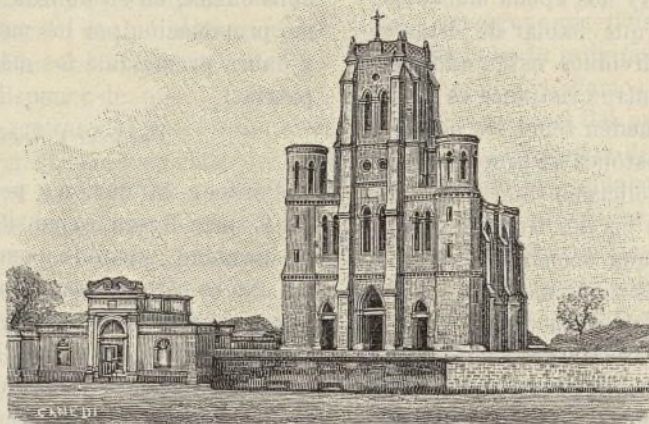
«El agustino Fr. Mariano Gil es una figura como Religioso y como hombre. Tiene todas las

virtudes y la ejemplaridad monástica de Religioso, y tiene al mismo tiempo las energías de los hombres de templado espíritu, que no se arredran ante el peligro, ni sienten timideces cuando en la justicia y en la verdad apoyan sus actos sociales. Es un fraile de la época presente, que predica las verdades evangélicas desde la cátedra sagrada, que enseña con su ejemplo á la vasta

multitud que le rodea en su populoso curato, y toma parte activa en las cuestiones que afectan al orden, á la moralidad, al patriotismo y á cuanto pueda interesar á la patria augusta, conferenciando con las Autoridades, manteniendo con plausible intransigencia doctrinas salvadoras y principios prestigiosos, luchando á brazo partido con las indiferencias y tolerancias de los gobernantes, y en una palabra siendo adalid genuino de todos los intereses de España en Filipinas, circunscribiendo su acción y sus gestiones al curato que

desempeña, con admiración de los leales y respeto de los infieles. Su carácter es brusco; no solicita nada, lo exige; no ruega, sino que pide, y lo que pide y exige es justísimo y legítimo, porque lleva en su esencia, el

culto de la humanidad, socorriendo sus miserias, evitando sus peligros, librándola de los atentados y persecuciones, que la envidia y la venganza pueda proporcionar gente pacífica y honrada. Es inflexible con el réprobo y el desleal, y magnánimo con el engañado; soberbio con los soberbios



IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS EN TIEN-TSIN,
DE 1871 DE 1896. (Pág. 435)



SEPULCROS PROVINCIALES DE LAS VÍCTIMAS DE 1871 TAL COMO SE
CONSERVARON HASTA 1896. (Pág. 435)

y humilde con los débiles, y en su generosa vida tiene muchas lágrimas enjutas, muchos pedazos de pan repartidos y muchas necesidades puestas al abrigo para que no caigan en la miseria. Este es el P. Mariano Gil, el descubridor de la trama revolucionaria, el centinela del orden y el patriota de corazón, el calificado en las altas esferas de todos los órdenes, de iluso y visionario, cuyo título, lejos de mortificarle, le honra y enaltece. Y la misión sagrada que cumple devotamente el P. Gil, es la misión que de igual suerte y forma cumplen todos sus compañeros de hábito y todas las Ordenes monásticas que viven en Filipinas, y los que tratan de decir lo contrario, ó siquiera atenúen su mérito, fundándose en casos aislados y en el orden singular de los hechos, éstos no dicen la verdad, ni sienten lo que dicen, porque está en la conciencia de todos ellos que esto no tiene vuelta de hoja."

FR. MANUEL DíEZ AGUADO, O. S. A.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

(Conclusión)

Respeto que merecen como Religiosos y como españoles

Las Corporaciones religiosas deben ser grandemente honradas y distinguidas (y nos apena mucho, excelentísimo señor, tener que hablar de estas cosas): primero, porque sus individuos están adornados del carácter sacerdotal, que entre cristianos es la mayor honra y dignidad que pueden tener los hombres; segundo, porque su misión apostólica ha propagado aquí y conserva las luces del Catolicismo. Son sacerdotes, y son Religiosos; y así reúnen los dos timbres que mayor veneración inspiran en una sociedad, que sienta algunas necesidades superiores á las materiales ó á las de su altiva razón, divorciada de Jesucristo.

No menos respeto merecen en su línea, como entidades españolas. Además de ser aquí ministros del culto oficial, son personas públicas eclesiásticas, reconocidas por el Estado; viven bajo su salvaguardia, como las entidades militares y civiles; han trabajado y trabajan, tanto por lo menos por la patria, como cualquier clase española de las existentes en el Archipiélago; y en punto á ilustración, dentro de su respectiva carrera, y á moralidad y virtudes privadas y cívicas, rayan, no sólo colectiva, sino individualmente, á tanta altura, como la clase del Archipiélago que se tenga por más alta y prestigiosa.

Hay una razón especialísima y de extraordinaria importancia para que ese respeto lo sancionen las leyes y lo afiancen las costumbres, y es que el Religioso en sus respectivos ministerios viene á ser por regla general el único peninsular, y por lo tanto, el único representante de la Metrópoli en la mayoría de los pueblos filipinos; y por consiguiente el prestigio español está grandemente interesado en que se le rodee de tales consideraciones y garantías, que estos habitantes, lejos de ver como, por desdicha, han visto no pocas veces, que se le desprecia y rebaja, se confirmen cada día más en la idea tradicional de que su cura ó misionero es, á la par

que el ministro de Dios, el representante de España, alto concepto que tanto ha redundado y redundará en favor de la Metrópoli, y tanto dice en honor de todas las entidades españolas.

Por amor á la Religión y á España vinimos al Archipiélago, y hemos permanecido en él más de tres siglos, dispuestos á continuar aquí, mientras la conciencia no nos dicte lo contrario. No nos mueven groseras miras temporales, ni sentimientos de orgullo y de mera dignidad personal: en el cumplimiento de nuestros deberes hemos procurado llegar hasta el sacrificio, y nos seguiremos sacrificando, con la gracia de Dios. Buena prueba de esto ofrece al crítico imparcial la presente época de rebeliones y levantamientos. Los curas y misioneros, á pesar de estar persuadidos que corrían sus vidas gran peligro por las continuas asechanzas del feroz *Katipunán*, se han mantenido firmes en sus puestos, previendo que si abandonaban á sus feligreses era casi segura una sublevación general en las islas. Este proceder, que si no es heroico, se le acerca bastante, nos ha costado muchas víctimas, arrebatándonos á queridísimos hermanos nuestros, asesinados unos traidoramente é inmolados otros por turbas inconscientes, seducidas por filibusteros y masones. Y aunque este doloroso sacrificio, al parecer no ha sido llorado y apreciado cual quizá debía serlo, por los leales hijos de España, confiamos que Dios, misericordioso y largo remunerador de toda obra buena, en su infinita piedad lo habrá recibido como propiciación por los males de este desdichado país, y habrá premiado á los mártires de la Religión y de la patria.

Carácter y fines de esta exposición

Perdone la nación, perdone el Gobierno, perdone V. E. esta ligera expansión de nuestros sentimientos de dignidad, ofendida como Religiosos y como españoles. No es esto un memorial de méritos y servicios, pues jamás hemos solicitado aplausos ni recompensas, que nunca constituyen el móvil de nuestros trabajos. No es tampoco un panegírico; que no somos nosotros los llamados á hacerlo, ni creemos haga falta, cuando tan patente y tan limpia se destaca la historia de las Corporaciones religiosas de Filipinas, en todos los órdenes del justo y recto progreso. Tiene algo de apologético, y mucho de sentidísima queja por los injustificados agravios que casi á diario se nos infieren; es débil expresión de la profunda amargura que nos embarga al contemplar y sentir de cerca el estado de inmensa perturbación en que se encuentra este hermoso pedazo de la patria, y con el mayor respeto y sumisión, prescindiendo en absoluto, cual procede, de partidos políticos, y mucho más de las personas, dice con cristiana sencillez y en síntesis al Gobierno, que adopte y sostenga con las Corporaciones religiosas de Filipinas un criterio perfectamente lógico; y que, por lo tanto, si estima cual es justo y decoroso, que las Corporaciones religiosas ejercemos una altísima y necesaria misión en el Archipiélago, de suyo y sin miras utilitarias y falsas razones de Estado, honrosa y acreedora á la mayor consideración, lo manifieste así, claramente y con nobleza, empezando por dar ejemplo práctico de eso en sus leyes y decretos, y en sus instrucciones á las Auto-

ridades de estas islas, no consintiendo que por nadie seamos vejados ni atropellados, tanto más cuanto que siendo débiles y desvalidos, y ligados como estamos por la mansedumbre y la paciencia religiosa, no tenemos otro medio de defensa que nuestro derecho y la protección de los buenos, y nunca podemos apelar á los medios de represión é influencia á que aludimos en el principio de esta exposición.

Mas, si por el contrario, el Gobierno, por un error que respetaríamos, no sin calificarlo, á nuestro humilde juicio, de funestísimo á los intereses de la Religión y de la patria, creyera que han terminado ya aquí su tradicional misión los Religiosos, tenga también la franqueza de decirlo: serenos oiríamos su resolución; pero no piense en adoptar disposiciones que atacando, aunque sin pretenderlo, los fueros de la Iglesia, nuestra profesión de sacerdotes y de regulares, y nuestra honra de acrisolados españoles, en la práctica pudieran aparecer que se trataba de encender una vela á Cristo y otra á Belial, que se quería dar gusto á los masones y á los católicos, á los buenos patriotas y á los separatistas, colocando á las Ordenes en situación tan poco airoso, que vinieran á ser como el bocado que se echaba á las fauces de la fiera para acallar pasajeraamente sus rugidos.

Síntesis de la misma

Tal acontecería si en ley se tradujeran la secularización de los ministros regulares; la secularización de la enseñanza; la desamortización de los bienes de las Corporaciones, ó la supresión de la libertad que les compete para disfrutar y disponer de ellos; la declaración de la tolerancia de cultos; el establecimiento del matrimonio civil; la permisión de toda clase de Asociaciones, y la libertad de la prensa. Tal acontecería, por lo que más directamente nos atañe, si continuando aquí y allá la á todas luces injustificada campaña contra nosotros, el Gobierno en sus actos demostrara que realmente conceptúa que nosotros hemos sido causa de la insurrección, y que nos oponemos al progreso de estas islas y al desenvolvimiento de sus legítimas aspiraciones. Tal acontecería, si no persiguiendo con tesón las Asociaciones secretas, y no poniendo eficaz correctivo á los sediciosos que soliviantan las masas inconscientes del pueblo contra los regulares y contra todo lo más santo y más español de las islas, se quisiera que los Religiosos continuaran en sus ministerios, expuestos en todo momento á ser sacrificados, cual es terrible consigna de la secta, y cual por desgracia ya ha ocurrido, sin tener acaso ni aun el consuelo de que sean apreciados esos sacrificios.

Si los Religiosos hemos de continuar en las islas siendo útiles á la Religión y á España, á nadie puede caber duda que ha de ser garantizando sólidamente nuestras personas, nuestro prestigio, nuestro ministerio; ha de ser sabiendo que la patria nos aprecia y trata cual á hijos suyos; y que no nos abandona como objeto de ludibrio á nuestros enemigos, y como víctimas á los rencores del masonismo y del separatismo. No nos arredra el martirio, sino que nos honra, aunque no nos tengamos por dignos de tan santo honor; pero no queremos morir como unos criminales envueltos entre las censuras de los amigos y de los enemigos, y quizá

abandonados y desprestigiados por quienes más deberían ampararnos y estimarnos.

Esa es la tristísima y desairada situación en que se encuentran las Ordenes, principalmente desde que estalló la insurrección tagala, y sobre todo desde que se ha extendido el *Katipundán*, situación que amenaza empeorar, si el Gobierno se hace eco de los filibusteros, de los masones y de los elementos radicales, que parece se han conjurado para dar el golpe de gracia al gran edificio religioso social que en estas islas levantó la España católica.

Por eso nadie extrañará que los Religiosos colocados en tan difícil trance, deseosos de no poner estorbos á la política de ningún Gobierno, y de evitarnos la censura de que somos la causa de los males del país y la rémora de su progreso, optemos por el abandono de nuestro ministerio, por el destierro, por la expatriación, antes que proseguir en las islas en una situación que, prolongada por más tiempo, resulta grandemente deshonrosa para nuestra clase, y haría infructuosa nuestra permanencia en el Archipiélago.

Hemos cumplido aquí como buenos; tal es nuestra firme convicción: iríamos á otra parte, donde, con la gracia de Dios, también sabríamos cumplir; y á ese efecto, la Santa Sede, si, contra todo lo que debemos suponer, no consiguiera hacerse oír de la nación española, no nos negaría el oportuno permiso.

Afortunadamente, confiamos en los nobles sentimientos y arraigado catolicismo de S. M. la Reina Regente; confiamos en la religión y patriotismo de los ministros de la corona; confiamos en la opinión sensata que constituye la mayoría del pueblo español; confiamos en la ilustración y espíritu de justicia del católico Ministro de Ultramar, y confiamos que, después de escuchar á los dignísimos Prelados de estas islas, y de tener en cuenta las prescripciones del derecho natural y canónico, las altas conveniencias de la patria en estas regiones, y los innegables servicios que han prestado las Ordenes religiosas en Filipinas, nada se determinará que contravenga á las enseñanzas y preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia, y que contrarie al prestigio del clero regular; antes por el contrario, una vez más se afirmarán y robustecerán las instituciones católicas de este Archipiélago, cual lo imponen de consuno la Religión y la patria.

En esta confianza, y reiterando al tronó y á las instituciones nuestra tradicional adhesión, quedamos rogando á Dios por la prosperidad y nuevos adelantos de la monarquía, por la salud de S. M. el Rey y de S. M. la Reina Regente (q. D. g.), y por el acierto en sus determinaciones, de las Cortes y del Gobierno, y de un modo especial por V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Manila, 21 de Abril de 1898.

Excelentísimo señor:

FRAY MANUEL GUTIÉRREZ, *Provincial de Agustinos*.—FRAY GILBERTO MARTÍN, *Comisario Provincial de Franciscanos*.—FRAY FRANCISCO AYARRA, *Provincial de Recoletos*.—FRAY CÁNDIDO GARCÍA VALLÉS, *Vicario provincial de Dominicos*.—Pío PI, S. J., *Superior de la Misión de la Compañía de Jesús*.



SAN FRANCISCO DE ASÍS PRÓXIMO Á MORIR SE MANDA CONducIR Á SU AMADA CAPILLA DE LA PORCIÚNCULA, Y DESDE ALLÍ BENDICE Á SU PATRIA Y SE DESPIDE DE ELLA PARA EL CIELO

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

X

A paso acelerado.—Cascadas y bosques

TRANSCURRIDO un cuarto de hora cada cual cargó su paquete en la cabeza, y sin mirar atrás, apresurando el paso, se dirigió hacia la otra aldea.

¿Pasar una noche entre aquellas gentes? ¡Eso nunca! Así es que desfiló la caravana.

A fuerza de promesas habíamos logrado contratar un guía. Tocante á los fardos de más difícil transporte, como velas, remos, mástiles, etc., los dejamos bajo la custodia del jefe del pueblo que abandonábamos. Contó los objetos cuidadosamente; sus guerreros contaron después de él, y nosotros contamos á nuestra vez. No estando de acuerdo, volvimos á contar, y cuando todo el mundo hubo contado bien, la aldea quedó responsable; nadie se atrevería á tocar nuestra propiedad. El coste de esta pequeña operación de aritmética fué un paquetito de tabaco. Cada oficio tiene que alimentar á quienes lo ejercen.

Al recorrer los senderos del bosque, el P. Monnier y yo sentimos indefinible bienestar. Sobre todo después de pasado un peligro es cuando mejor se aprecian las dulzuras de la vida. Aquella tarde el sol parecía más bello, más umbrosos los árboles y más risueños los campos. ¡Todo era soberbio!

Después de la lluvia, el buen tiempo.

Nos internamos en la maleza: el camino serpentea entre la espesura (el negro tiene horror á la línea recta). Si encuentra en su camino una piedra gruesa como el puño, nunca le viene la idea de bajarse á cogerla para arrojarla lejos: prefiere evitarla, y dar un rodeo.

La marcha se nos hizo fastidiosa, no veíamos más que follaje y más follaje, plantas y arbustos como aplastados por grandes árboles, pero nunca flores. El camino franquea una colina, cruza un río, vuelve á subir casi á pico y otra vez baja, atraviesa valles inundados, y siempre lo mismo. Al cabo de una hora de marcha empezamos á oír un ruido imponente, un sordo mugido: ¿será la tempestad? ¿anunciábase el huracán? El ruido iba cada vez en aumento. Teníamos que franquear otra colina: sorprendidos por lo anómalo del estruendo, apresuramos el paso y súbitamente nos vimos en frente de un magnífico espectáculo: las caídas del Ndjembwé.

El río, de treinta metros escasos de anchura en este lugar, hace un recodo brusco, choca con estrépido con la orilla opuesta; luego se precipita en ángulo recto con rapidez vertiginosa, cayendo de una altura de tres metros, y corriendo se rompe en cien cascaditas diferentes sobre las enormes rocas que arrastra consigo.

Rápidos como la saeta pasaban ante nosotros, con el vientre argentino al aire, los peces que llevaba la furiosa corriente, los árboles arrancados y las largas

lianas del bosque. Todo esto iba chocando, mezclándose y revolviendo en un desorden sin nombre.

El sol, que ya descendía por el horizonte, lanzaba sus últimos rayos sobre la cascada, revistiéndola con espléndido manto de púrpura. Aquí y allí brillaban sus dorados reflejos, y la blanca gotita de espuma tomaba todos los colores del arco iris. Aquí deslumbraba un reflejo; allí reinaba el claro oscuro; más allá veíase el agua blanca por la espuma, ora límpida, ora negra y profunda. Arriba se inclinaban los árboles medio desarraigados, y colgaban las mimosas de mil variados colores. Verdaderamente era aquello espléndido, y la decoración encuadraba maravillosamente esta escena.

Durante algunos minutos permanecemos inmóviles bajo aquel encanto, admirando en silencio aquel inolvidable espectáculo.

Pero no estaba hecho todo. Lo principal era pasar, y por desdicha la Administración de puentes y calzadas todavía no ha extendido por allí su imperio.

¿Qué hacer?

Una inmensa liana cruza el torrente. ¡Ah, si en nuestra infancia nos hubiesen enseñado el arte de los acróbatas! Pero ¿qué remedio? ¡los padres no siempre lo prevén todo, y nos falta esa habilidad que divierte al público!

No nos quedaba otro recurso que saltar de roca en roca, y lo ensayamos.

Pero el musgo verdoso y viscoso, que tapiza cada piedra, hace que la cosa sea más fácil de concebir que de hacer. (*V. el grabado de la pág. 449*). Pero en fin, no importa. El excesivo número de expedientes puede malograr un asunto. A veces piérdese el tiempo en la elección. Más vale uno solo, y que sea bueno. Para nosotros fué tan bueno que por último, después de haber patullado, mojándonos hasta el cuello, y recibir contusiones y quedar molidos, llegamos á la orilla opuesta.

Uno de nuestros portadores cayó de cabeza al agua.

—¡Maldita piedra! exclamó.

El buen hombre volvió á la superficie, y tomó de nuevo su caja. Por suerte mayor fué el miedo que el daño. Continuóse el camino, satirizando al camarada. Cada cual, por supuesto, hizo gala de haber sido sumamente hábil.

Considerámonos dichosos de haber salido tan bien librados. En tiempo propicio, según parece, puédese remontar el río hasta allí, luego izar la canoa, franquear la cascada y llegar así sin mucho trabajo al pueblo á donde íbamos. Algo más arriba, el Djembwé se divide en dos brazos; pero en todas partes la corriente es rapidísima. Como el lecho lo forma arena fina y blanca, el agua es muy pura, sumamente fresca, excelente para beber y una de las mejores que encontramos en aquel viaje.

Aún tuvimos que subir y bajar otras dos colinas, cruzar dos ríos, gran número de arboledas, llegando por último á una aldea fang. Pasamos por ella sin detenernos. A las siete entramos en el pueblo de Evored'hule, contentos de haber llegado al fin de tan ruda jornada.

XI

En el pueblo de Evore-d' hule.—Pícaros y golosos

En Evore-d' hule tenemos tres familias cristianas, tres de nuestros antiguos aprendices casados con jóvenes educadas por las Hermanas. Nos alojamos en la cabaña de uno de ellos, Evaristo, herrero muy hábil, y que él mismo se ha construido una linda cabaña. (*V. el grabado de la pág. 452*).

Pronto se dispuso todo lo necesario para recibirnos: los niños quedaron admirados. Una mujer cristiana se encargó de guisarnos la comida, la que fué mejor y más limpia.

Hablar, fumar, descansar, esto es el colmo de la dicha para un negro.

Y como el Padre y yo tuviésemos necesidad de tomar algún refrigerio, me dijo:

—Tal vez nos convendría beber una copa.

—Ya lo creo; mis piernas no pueden sostenerme.

Abrimos la caja, y pusimos sobre la mesa una botella de vino: la multitud había invadido la cabaña.

El Padre inclinóse para coger un vaso; luego se enderezó, y estupefacto dijo:

—¡Toma! ¿dónde habéis puesto mi botella?

—¡Yo!

La botella había desaparecido. Buscámosla, y un minuto después volvimos á hallarla sobre la mesa, pero... ¡vacía!

¡Fiaos de aquellas gentes! ¿Son ladrones? No del todo: á los pocos momentos uno de ellos me trajo una funda de sombrero que se nos había caído. Yo hubiera preferido la botella llena.

No parece sino que aquel día todo habían de ser contrariedades. El P. Monnier quiso pagar su jornal al guía.

Desconfiando, y por lo que pudiera suceder, le preguntó en presencia de todos á fin de evitar toda reclamación ulterior, y le presentó los dos paquetes de tabaco, precio convenido. Alargóse una mano, tomó el tabaco, y todo el mundo quedó satisfecho.

Cinco minutos después vuelve el guía, y dice:

—*Minissé*, ¿mis dos paquetes de tabaco?

—¿Cómo! ¿no acabo de dártelos?

—¿A mí? ¡De ninguna manera!

—Pero...

—¡Si los diste al que estaba á mi lado!

—¿Y por qué los tomó?

—Creyó que era un regalo.

—¡Regalo! ¡regalo! ¿Y cómo había de dárselo? ¿Qué servicios nos prestó?

—¡Oh! ¡nos consta muy bien que el blanco es generoso!

—¿Pero tú viste como los tomaba?

—En efecto.

—Pues ¿por que no dijiste nada?

—Porque prefería reclamar después.

—Pues bien, reclámaselo; y lárgate pronto de aquí, ó si no...

Y con un gesto elocuente le mostré la punta de mi bota.

Comprendió tan admirablemente, que en el acto se marchó, y corriendo por el pueblo logró dar con su cómplice, á quien nos presentó sujeto por el cuello, y diciéndonos:

—¿Yo robar? ¡Aquí está el verdadero ladrón! ¡Hay que desconfiar!

¡Ya lo creo si había que desconfiar! En fin, dejamos á nuestro individuo en posesión de su tabaco, y contento por habernos, á su parecer, bonitamente engañado.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

I

En la región de Tombuctu.—De Kabara á Rhergo
(continuación)

A PESAR de la bendición del jeque adelantamos muy poco aquel día, á causa de una fuerte brisa Este que soplabá hasta el medio día. Apenas se hubo dispuesto la cena y fondeado á veinte metros de la orilla para pasar la noche, cuando se nos acercó una piragua: venía de Kagha para anunciarnos el regreso de Aluata é invitarnos á ir á verle. Como este jefe se había molestado por nosotros, era natural que volviésemos atrás para visitarle. A la mañana siguiente, pues, el comandante dió la orden de marcha al soplar la brisa, y en una hora á la vela hicimos todo el camino que penosamente habíamos recorrido la víspera en media jornada. Aluata había vuelto precipitadamente para llegar á tiempo á nuestro paso, que le había indicado Hammadi.

Quedamos sorprendidos al ver que este morabito tan reputado era un joven salido apenas de la adolescencia, mientras que todos sus hermanos estaban en el vigor de la edad. Mas luego supimos que su padre, al ver las felices disposiciones del joven Aluata, le había legado su autoridad espiritual, su *baraka*. Esta, en efecto, hubiera sentado mal en la cabeza de Abidine, el mayor, á quien su padre se veía obligado á veces á hacer le buscasen en el Sahara, y que preso le volviesen *manu militari*, tan grande era su pasión por el *ghazzi*.

Aluata es sumamente simpático: habla poco; es sensato en sus palabras, muy amable sin afectación, y algo reservado por timidez.

Ratificó todo lo que había prometido su hermano, y y explicóse con franqueza:

—Desde que los kuntas han venido del Gurara á orillas del Níger, todos los hombres notables de la tribu, Sidi Moahai y Sidel Bakkay, han comprendido que la prosperidad de la región descansa por completo en las relaciones comerciales con Europa, y Bakkay se ha esforzado en establecerlas por intermedio de Barth (de lo que tengo pruebas en mi poder). Al efecto ha entrado en lucha con los fulbés del Massina, y hoy los kuntas no pueden seguir otra política sin renegar de todas sus glorias y sin perder sus partidarios. Algunos (los nombró) han tratado de luchar contra nosotros, es cierto; pero ¿por qué? Porque no aceptamos los dones

que se nos ofrecieron cuando la ocupación de Tombuctu. Pero aun es tiempo de reclamarlos, y así lo haré, poniéndonos además en relación con los tuaregs.

Así seguimos hablando del porvenir y del pasado. Acercábase la noche, la luna mostraba su plateado disco, y Aluata exclamó:

—Así es, comandante, como mi tío jeque Sidel Bak-kai conversaba con el tuyo Abdel Kerim hasta hora adelantada de la noche, gozando los encantos de la conversación. Esos hermosos días han vuelto: ¡ojalá sean duraderos!

En medio de innumerables *¡Amin! ¡Amin!* levantóse la sesión, dándonos cita para la mañana siguiente. Las cosas serias nos absorbieron todo el tiempo. Aluata no vió satisfecha del todo su curiosidad: las armas le interesaban menos que á su hermano. El reloj, el compás de ruta, la bicicleta, el anteojo astronómico, la rotación de la tierra, las fases de la luna le parecieron cosas más atractivas y más propias de su posición. Por último, aunque tenía muchas preguntas que hacernos, nos deseó feliz viaje y partimos para Ganto.

Nuestra permanencia en Kagha había tenido, pues, excelente resultado, y los hacía presagiar aún mejores, pues el domingo, en el preciso momento de ir á comenzar la Misa, recibimos un correo enviado por el comandante de Tombuctu, que nos traía una bendición especial del Padre Santo.

Estos señores, antes de su marcha, habían tenido el delicado y cristiano pensamiento de solicitarla por medio del R. Bluzet y la benévola intervención del cardenal Rampolla: el Soberano Pontífice dignóse concedérsela, y producía ya sus provechosos efectos: la recibimos en donde probablemente nunca llegó una bendición pontificia, en el momento en que íbamos á celebrar allí por primera vez un domingo cristiano.

Esta bondad paternal de León XIII y sus coincidencias providenciales regocijaron nuestro corazón, y desde entonces el recuerdo del 26 de Enero no pocas veces ha fortalecido nuestra alma en el momento del peligro.

Ganto se puso de fiesta para recibirnos. Encontramos á los negros del pueblo ocupados en barrer el sitio umbroso en que debíamos poner pie á tierra y recibir á los kel-temulaitos.

Esta tribu, sometida á Tombuctu, no tiene mucha importancia. Madunia, su jefe, impedido por su edad avanzada, no vino á recibirnos; pero envió á su hijo y varios miembros de su familia, con un regalo de carneros: los kel-temulaitos fueron prudentes, y aprovecharon la lección que se les diera en años anteriores.

Es notable su rara belleza: en ningún grupo de los tuaregs del Sur hemos visto tan general pureza de tipo, una distinción tan notable.

El río, en toda esta parte, ofrece el mismo carácter tranquilo, ancho, de fácil navegación. Está bordado de dunas frondosas en las que hormiguea la caza; pero estas dunas se levantan á su vez en medio de una red

de pantanos y riachuelos que hacen tan difícil comunicar desde el río con la tierra, como viajar á lo largo de la orilla, según lo ha experimentado Barth. Al retirarse las aguas, todos esos terrenos bajos se cubren de una rica cosecha de arroz y de maíz, ó se transforman en ricos pastos donde los rebaños de los tuaregs saborean el nutritivo *burgu*. Estas lagunas temporales que produce el río en su crecida, reciben de los tuaregs el nombre harto singular de Adar n-Egherreo (pie del río), comparando sin duda el Níger á un inmenso milpiés, cuyo cuerpo está rodeado de infinito número de miembros, por lo menos en la época de su apogeo.

En cuanto al nombre mismo de Egherreo dado al río, salta á la vista que es un nombre común, significando «curso de agua,» «el río,» y este mismo nombre, pronunciado con alguna variación, lo llevan muchos uadis del Africa del Norte, desde el Igharghar hasta el uadi Guir, el Righ y mil otros, comprendido el nombre mismo de Níger, que evidentemente nada tiene de común con su homónimo latino, por más que este río riegue el país de los negros.

La población de este color está agrupada en las aldeas pertenecientes á los tuaregs: únicamente los chonfos (icherifenos) y los romas son en principio independientes: en vez de ser explotados regularmente por los nómadas, son saqueados por ellos con harta frecuencia: en esto únicamente consiste su privilegio.

Desde Tombuctu á Burum estos negros pertenecen á tres razas diferentes:

1.º Los seng-hais ó gabibis (ó ihattem ó habé, según que se les nombre en su lengua, en tamachek ó en pular) son los antiguos dueños del país. Harto miserables hoy día, han perdido con una larga servidumbre hasta el noble amor á la independencia que bastaría para regenerar una raza. Completamente pasivos, se dejan vejar sin hacer nunca el menor esfuerzo para defenderse. La tribu de que dependen no los estruja completamente; pero, en caso de guerra, son saqueados por el enemigo, hechos cautivos, etc. Esta raza compone la mayoría de la población de Tombuctu, ciudad que cincuenta hombres, aun desprovistos de heroísmo, habrían defendido contra cualquier agresión de fuera, y que nunca se atrevió á oponer la menor resistencia contra los tuaregs, aunque fuese uno solo.

2.º Los chorfás ó icherifenos son tribus de morabitos, de descendencia árabe más ó menos pura. En frente de las tribus guerreras, debían luchar y dejarse destruir, ó someterse y anonadarse: este último partido es el que han tomado, sin que su carácter religioso les concilie más respeto ó miramientos. Profundamente ignorantes, de su antigua cultura intelectual conservan un arte más consumado de mentira y mayor aptitud para la perfidia.

3.º Los romas ó mosqueteros son los restos de las antiguas guarrniciones marroquíes puestas por el sultán en el imperio Songhai, y que S. M. ha olvidado relevar hace muchos siglos. Su color es generalmente algo más claro que el de los galibis, y sus rasgos más regulares: por desdicha los tuaregs, que decididamente no poseen el discernimiento de los matices, los tratan como á todo el mundo, es decir, les quitan cuanto poseen, pero

no les hacen daño alguno si tienen la buena idea de callarse cuando les despojan.

Todos los pueblos nos dispensaron excelente acogida. Así que las embarcaciones estaban á la vista, los habitantes enarbolaban un trapo blanco al extremo de una percha, y enviaban una cabra, arroz y gallinas, que ya sabían les pagaríamos generosamente.

De esta suerte llegamos á Rhergo, extremo límite del país sometido, por lo menos nominalmente, á Tombuctu, y antiguamente centro comercial tan importante como esta última ciudad. Hallábase entonces en la orilla Norte del río; pero á fin de ponerse al abrigo de las incursiones, los habitantes han venido á establecerse

Para ir desde nuestros buques á la población, teníamos que cruzar una laguna de unos doscientos metros de ancho. Creyéndola poco profunda, entramos resueltamente en el agua, pero como nos íbamos mojando más de lo conveniente, nos batimos en retirada para ir en busca de una piragua: hallámosla por fin, pero de un tipo particular: su nombre técnico debiera ser: piragua Carrier. En efecto, apenas habíamos dejado la tierra, el agua empezó á surgir de todas partes, y los indígenas que nos acompañaban se apresuraron á saltar al agua para que no fuésemos á fondo, perspectiva tanto más desagradable cuanto que las hierbas pudieran ocultar caimanes.



GABÓN (África Ecuatorial).—El R. P. Monnier vadeando el Ndjembwé. (Pág. 446)

en las dunas enclavadas en las inundaciones; pero nada han ganado con ello, pues el brazo del río que las separa de la tierra firme está seco durante muchos meses del año: el tiempo restante, los tuaregs llaman desde la orilla opuesta á los habitantes de Rhergo, quienes sin hacerse rogar demasiado van á buscarlos en piragua, y los vuelven respetuosamente una vez terminadas las operaciones de aduana.

Tuvimos que detenernos para reparar el «Aube.» Mientras que el Sr. Baudry dirigía y vigilaba los trabajos, visitamos las tres miserables agrupaciones de chozas ovales de paja (*buyhi*) que componen la ciudad actual. En compañía del doctor bauticé en la calle una pequeña Enriqueta que, al llegar al cielo pocos días después, debió sorprenderse al hallar tan pocos compatriotas.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

IV

La Sociedad de las Misiones Extranjeras en el Tonkin.—Ilustrismo de la Motte-Lambert.—Las Amantes de la Cruz.

DADAS ya las reglas de gobierno al naciente clero, el Ilmo. Sr. de la Motte-Lambert fijó sus miradas en otro grupo de fieles. Obispo enviado para fundar iglesias y evangelizar paganas naciones, el más vivo anhelo de su alma era dotar á estas iglesias de todos los medios de acción y de todos los elementos que pudieran asegurarles felices resultados, y dar á dichas naciones el espectáculo sublime que presentan los esplendores y grandezas del Catolicismo.

Al lado del sacerdote, y librando con él y en pleno día las grandes batallas del Señor, colocó á la Religiosa, noble virgen que del fondo del claustro eleva al cielo humildes oraciones, que gasta su salud al pie del lecho do gime el pobre enfermo, que sacrifica su existencia toda enseñando el amor y temor de Dios á los niños inocentes.

La virginidad es la flor de la pureza, su destello más hermoso, su más delicado perfume. Las más corrompidas naciones respetuosas doblaron ante ella la cabeza, y en el fondo de su alma profesáronle singular veneración. Roma honróse de sus vestales, las de largo vestido blanco: la Galia de sus druidesas, las de cabeza coronada de verbena y de muérdago sagrado; el Extremo Oriente envanécese de análogas instituciones; Siam se honra de sus talapuinas, y de sus bonzas la China y el Anam. La pureza es, pues, honorífica: ella en la vía pública y en la legislación ejerce indiscutible imperio. El matrimonio es un sacramento, el adulterio es castigado con la esclavitud ó con la muerte, el honor de la mujer no es una palabra vana, la madre debe ser siempre respetada por sus hijos.

Mas ¡ay! mezclados con estos últimos destellos que guardó el alma humana, vestigios del sol deslumbrador que la iluminara en los tiempos primeros de su ser, ¡cuántas sombras, ó mejor, cuántas tinieblas! Sin estar la mujer en Extremo Oriente absolutamente degradada ni envilecida, distaba mucho de ser la verdadera compañera del hombre en la cristiana significación de la palabra. Su esposo tratábala generalmente como inferior á él, no sabía leer ni escribir, ni conocía otra cosa que su cocina y algunas oraciones que sin comprender murmuraba: la poligamia y el divorcio eran muy frecuentes en la alta sociedad.

La Iglesia encontró el mundo griego y romano en la más espantosa degradación: para regenerarlos dignificó á la mujer, purificóla, engrandeciéndola y ennobleció su misión, y con la castidad conyugal y la virginidad convirtióla en instrumento de regeneración social.

Tertuliano, San Cipriano, San Gregorio, San Ambrosio, proclaman á las vírgenes joyas las más preciadas, corona la más rica de la Iglesia de Dios. El Ilmo. señor de la Motte-Lambert, siguió su ejemplo. Reunió varias jóvenes y viudas, todas las cuales anhelaban guardar vida más perfecta, fundó un verdadero Instituto religioso, y dióles la Regla que debían observar, basada en tres puntos principales: los votos de castidad, pobreza y obediencia. Exhortóles:

1.º A unir constantemente sus oraciones, penitencia y lágrimas á las oraciones, dolores y sangre del divino Salvador, con el fin de obtener de Dios la conversión de todos los infieles del mundo y en particular de los del Tonkín.

2.º A consagrarse con ahínco á la educación de las jóvenes, á fin de que sabiendo cuanto deben saber las personas de su sexo, pudiesen enseñar á los paganos y cristianos nuestra sacrosanta Religión: recomendóles muy encarecidamente que nunca, á no ser cuando rugiera furiosa la persecución, interrumpieran estas instrucciones.

3.ª A cuidar de las jóvenes y mujeres enfermas, cristianas ó paganas, y juntar á los cuidados materia-

les caritativas conversaciones sobre la eterna salvación.

4.º A convertir las que siguen escandalosa vida, y á bautizar los niños próximos á morir.

A estas nuevas Religiosas el Ilmo. de la Motte-Lambert llamólas con el significativo nombre de *Aman-tes de la Cruz*. Pobres y santas mujeres, hiciéronse merecedoras de tal nombre sobrellevando con santa resignación todos los dolores, amarguras y humillaciones humanas; pero á la par de tanto sufrimiento saborearon también las incomparables dulzuras que les habían profetizado proporcionan al alma la celestial alegría y el divino amor. Ellas guardaron vida de pobreza, de trabajo, de humillación recorriendo los caminos todos del Anam, visitando pueblos y ciudades impulsadas siempre por el afán de regenerar á los niños con las aguas del bautismo; ellas con peligro de su vida fueron las que durante las persecuciones escondieron á los sacerdotes; ellas las que llevaban el Pan de los fuertes á los mártires, aún en los oscuros calabozos; ellas, en fin, fueron las que para coronar tantas virtudes y tanto heroísmo confesaron el nombre de Cristo en los tormentos y en la muerte.

Nunca las cosas de Dios adelantan sin dificultades; la oposición que encuentran es uno de sus principales caracteres.

En 1671 el P. Deydier y el P. de Bourges, que acababa de reunirsele, fueron denunciados, presos, golpeados, arrastrados por los cabellos, y conducidos encadenados al gobernador. Un soldado, desenvainada su espada, amenazaba cortar de un golpe la cabeza del P. de Bourges: «Tú no tendrás el honor de hacer un mártir,» dijo con dulzura el misionero. Seminaristas y criados fueron cogidos al mismo tiempo y entregados al mandarín, quien amenazóles con fuertes castigos si no declaraban que sus maestros ó señores eran jefes de religión. Estos jóvenes complaciéronse al contestar que también ellos eran cristianos. El mandarín condenó cuatro á prisión, y dejó tres al lado del P. de Bourges, enfermo en el pretorio, diciéndole:

—A ti te perdono, pero á tu compañero lo trataré como merece; lo tengo en lugar seguro.

Efectivamente, mandó se pusieran cadenas al Padre Deydier, y transcurridos breves días pronunció contra él y contra cuatro seminaristas sentencia de muerte que no se atrevió á ejecutar sin autorización del Rey. Dirigióse á la capital para obtenerla, mas al pronunciar las primeras palabras:

—No quiero, contestó el Rey, que se les mate: si alguno está convicto de haber promovido graves desórdenes en la provincia, puedes mandar cortar la mano; sin embargo, mando que me los envíes, y ya obraré conforme juzgue conveniente.

El mandarín, que esperaba otro juicio, empeñóse en salir del que le vino encima con todos los honores de guerra. Mandó al P. de Bourges que trasladase su vivienda al barrio chino. Contestó el misionero que como el Rey era quien le había cedido el terreno que ocupaba, podría sentirse molestado al ver que se establecía en otro, y además que carecía de recursos para una segunda instalación.

Prometiéndose más felices resultados con el P. Deydier, le ofreció ponerlo en libertad si le pedía perdón. Excusóse el misionero diciendo que nada había hecho contra las órdenes del Príncipe, y que nunca faltó al respeto debido á un mandarín: no comprendía, pues, por qué debía pedirle perdón. Esta respuesta le valió un aumento en el castigo. Felizmente acertó á pasar por Hean, acompañado de su esposa, ferviente cristiana, un mandarín, inspector de buques extranjeros.

—¿Cómo, preguntó al mandarín de Hean, retienes preso al P. Deydier habiendo el Rey ordenado su libertad? Daré cuenta á su Majestad.

Intimidado el prefecto, declaró que estaba pronto á ponerlo en libertad si encontraba quien saliera fiador. El P. de Bourges se ofreció, el mandarín inspector de buques también, y gracias á este doble ofrecimiento el P. Deydier salió de la prisión el 5 de Noviembre de 1671.

Al terminar la relación de sus sufrimientos el misionero añade estas hermosas palabras confirmadas por el bautismo, en aquel solo año, de cinco mil trescientos cristianos.

«Rosas son que crecen entre espinas. A pesar de los edictos del Rey, de la pérdida de los bienes, de los palos y prisiones, por un continuo milagro de la divina gracia cada día aumenta el número de los convertidos. El Sol de Justicia deslumbrador sublime, lanza sus más irresistibles rayos, dispersando los negros nublados que se levantaron orgullosos, pretendiendo obscurecer su luz. Los paganos ven, reciben y conservan esta divina luz, aún á costa de su propia vida. La crueldad de los tiranos y el rigor de los tormentos lejos de aplacar su heroico y santo valor aumenta el aprecio y el grande amor que profesan sus almas á la divina Religión.»

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI.

Templo de Santa Rosa

ESTE templo, construido por el fallecido exprefecto de Misiones Fr. Antonio Rossi, fué empezado en el año 1861, y concluido en 1863: se compone de tres naves.

La nave principal es de treinta y cinco varas de largo, once de ancho y otras tantas de alto. El techo es de azotea, sostenido por hermosos arcos de material.

Las naves laterales son del mismo largo, por seis de ancho, que actualmente sirven de habitación de los Padres misioneros, y antes en algunas de ellas se daba la educación á los niños.

Aunque presentemente no se hallen esas naves al servicio público, por no ser sumamente necesarias, cuando se necesiten pueden utilizarse, haciendo en sus costados las aberturas necesarias y que están en ellas proyectadas.

La fachada de esta iglesia consta de veinte metros de ancho por once de alto, con hermosos chapiteles y dos elegantes torres de veinte metros de alto.

En el interior del templo hay un hermoso retablo que forma el altar mayor, todo dorado, con una hermosa estatua de Nuestra Señora del Tránsito (traída de Nápoles), y dos nichos más donde reciben veneración las imágenes de San Antonio y de Santa Rosa de Lima, patrona de la Reducción.

El altar de la Virgen de los Dolores, que hace poco se ha construido, es también dorado, así como el púlpito.

El accesorio al culto, como son: casullas, albas, ternos, pluviales, palio, ciriales, candeleros, cálices y custodia, todo es sobrefino traído de Buenos Aires.

El baptisterio también está servido con una hermosa pila de mármol de Carrara. Este templo está rodeado de una hermosa quinta de árboles frutales. Se halla al grado 32 de latitud Sud.

La navegación á vapor es escasa, surcando la vía fluvial dos vapores; uno cada semana, otro cada quince días; beneficiando únicamente los puertos de Cayastá, Helvecia y San Javier, menos Santa Rosa, por las dificultades, que como ya he dicho, presenta el arroyo *Calchines* para la navegación.

Por tierra nada se consigue conducir, salvo con grandes gastos, porque á más de no existir un camino carretero, éste sería demasiado pesado, é interceptado además, primero por la gran laguna llamada *Chacarita*, que une á Santa Fe con el distrito de San José; y segundo por el arroyo de Leyes, que separa á *Calchines* del distrito del mismo nombre.

Los medios, pues, con que se hace la exportación é importación de cereales, y aún de pasajeros, son los buques de cabotaje. Para la correspondencia se ha establecido una diligencia correo desde la ciudad de Santa Fe hasta nuestra Reducción de Reconquista, ochenta leguas de distancia, superando las dificultades que presentan los ya citados riachos.

Sin embargo los expresados inconvenientes, el viaje, aunque penoso, se presenta recreativo por el hermoso panorama que presentan las islas, especialmente en primavera, cubiertas de frondosos follajes y hermosas enredaderas, que hacen de las plantas ó arbustos, bellas glorietas que compiten con el trabajo y finura del arte. Los arroyos que se cruzan, los peces que coletean, el yacaré que espera una caza, las aves que vuelan, el canto del boyero, del zorzal y otras innumerables aves, hacen que el viajero experimente un no sé qué de satisfacción y placer que le hacen olvidar sus molestias.

La extensión del territorio que abraza Santa Rosa de *Calchines*, es de cinco leguas de frente y tres de fondo, sin contar la vasta extensión de islas que están separadas por el mismo arroyo.

Sin embargo, el terreno bueno para la agricultura es pequeño; á lo sumo alcanza á una media legua de fondo por dos de frente: lo demás es bajo y fácilmente se anega, pero sirve para tener los vecinos algunas lecheras.

Sin este auxilio la población de Santa Rosa tendría forzosamente que emigrar, porque la población es mucha, para el terreno de pan llevar.

Basta decir que el lote de terreno para sementera dado por el Gobierno á las familias que componen esta población, para en algo contentar á todos, el más gran



SUDÁN FRANCÉS.—El Aube anclado. (Pág. 449)

de se compone de dos cuadras de frente y cinco de fondo, los demás de una por cinco y de dos por dos.

Sin embargo de ser el terreno arenoso, es de una resistencia y fertilidad asombrosa; hay terrenos que se siembran hace cuarenta años, y no se les conoce el cansancio; la única diferencia que se les conoce al terreno nuevo, es que en éste se produce poca maleza, no así en aquél. La sementera del maní, su producto principal, llega á dar por cuadra, cuando la cosecha es buena, hasta setenta fanegas: de esta semilla se arrojan al suelo grandes cantidades, de manera que el mes de Diciembre, cuando todo el terreno fructífero está cubierto de maní, intercalado de sandías, sapallos, maíz, batatas, etcétera, presenta un aspecto encantador.

La vegetación en las plantas es exhuberante, especialmente en las plantas de naranjos; y la morera se desarrolla tan grande como el ombú: cuando con el tiempo en esta zona se fomenta la industria del gusano de seda, será una de las más interesantes.

De lo expuesto resulta que esta población es más agrícola que criadera, siendo únicamente ésta auxiliar de la primera.

Los habitantes de esta reducción son en su totalidad indígenas y criollos; por lo general son bastante morales y contraidos á la sementera; desgraciadamente reina el vicio del juego, por lo que fácilmente todo se tira y se pierde.

tantes, con tres casas de comercio de alguna importancia.

En tiempo de grandes crecientes esta población es un verdadero Martín García: al Este el gran río Paraná y sus brazos desbordados cubren enteramente los altos pajonales de las islas, presentando á la vista un verdadero golfo de mar, en una extensión de tres leguas: al Norte, desbordando en el lugar llamado El Dorado, se confunde con los saladillos, é invadiendo el terreno bajo llamado El Bañado, forma al Oeste una extensa laguna de dos leguas; al Sud el arroyo de Leyes, saliendo de su cauce á la superficie del terreno y comunicando á la



GABÓN.—Vista parcial de de Evore-d'Hule.—Para construir una casa empiezan por el techo. (Pág. 447)

vez con los saladillos, forma un círculo completo de agua, que sólo uno puede salir de ella con alas de pájaros ó aventurando su existencia á una navegación (1).

CRÓNICA

Buenos-Aires.—*Santuario Argentino-uruguayo en Tierra Santa.*—El Excmo. Sr. arzobispo oriental, Mons. Mariano Soler, en uno de sus viajes á la Palestina concibió el grandioso pensamiento de levantar un Santuario que fuese á la vez monumento y hospicio en aquellos lugares clásicos del Cristianismo, donde el rey Salomón, centenares de siglos atrás, cantaba con inspiración divina, bajo las frondosas arboledas del Ethain y entre el ambiente perfumado de sus regios jardines, las estrofas inmortales del *Cantar de los Cantares*, hermoso y sublime poema, donde entre ardorosos deliquios de celestiales amores, el inspirado Profeta vislumbra claramente la radiante visión de María, la augusta Madre del Hombre-Dios y la Virgen de las Virgenes.

El arzobispo Dr. Soler encontró, por todas partes de la Judea, suntuosos monumentos levantados por la piedad cristiana de todas las naciones del orbe católico; sólo no los encontró en la tierra clásica de María, en los regios jardines de Salomón: allí donde el *Hortus Conclusus* y el *Fons Signatus* están pregonando hasta el día de hoy la excelsa virginidad de la Madre del Altísimo.

Fué entonces cuando, en un arranque generoso, digno de su espíritu emprendedor, de su clara inteligencia y de su ardoso celo sacerdotal, concibió el atrevido pensamiento de adquirir el terreno donde, según la Biblia y la tradición, estaban los famosos jardines de Salomón, el más poderoso y más grande de los Reyes, el más sabio de todos los mortales y el que con más alta inspiración y espíritu más profético había compuesto el idilio más tierno á la pureza inmaculada de la hermosa Virgen de Judea.

(1) He hablado de la fertilidad de este terreno, de sus productos y de sus resultados, pero no he dicho nada de la langosta, que tantos millones ha devorado en esta provincia.

A este propósito debo decir: que en Santa Rosa hemos tenido langosta y en abundancia. ¿Cómo hemos salvado de la langosta! Enterrándola toda, sin dejar ni una viva.

Este proceder ha usado esta población, la colonia Cayastá y Helvecia.

El año 91 el Gobierno de la nación votó una fuerte suma para la destrucción de la langosta, y nombró una Comisión central, cuyo presidente fué el caballero D. Florentino Loza: en las Subcomisiones nombradas, caí yo como presidente, dándome un auxilio de trescientos nacionales destinados á la destrucción del insecto devorador.

Con esta cantidad se trabajó tres meses continuos, comenzando desde que empezó á nacer hasta que quiso pelear; se hicieron veinte y dos mil metros de zanjás, y se sepultaron en ellas millones y millones de langostas-mosquitos. Desde entonces esta población hace igual procedimiento, sin necesitar de auxilios extraños: así lo hacen las colonias de Cayastá y Helvecia, y sus sementeras se salvan del voraz insecto. ¿Por qué no lo hacen las demás colonias? Se dirá que estos terrenos son arenosos y que fácilmente se pueden zanjear; perfectamente: pero ¿quién puede afirmar que un colono, que tenga cuatro ó cinco concesiones y se le presenten quince ó veinte mangas de langostas-mosquitos, no puede matarlas de cualquier modo? En este estado la langosta todavía no forma grandes mangas, á lo sumo diez ó quince metros en cuadro.

Yo he visto mangas de langostas-mosquitos pegadas á la guía del lino ó del trigo, de quince á veinte metros de largo, devorando tranquilamente el producto de los sudores y esfuerzos del hombre, sin haber ningún propietario que la molestara. ¿Quién puede afirmar que no se podrían matar aún con zanjás del momento que el terreno labrado es flojo? ¿Acaso por razones que se perderían esos metros de sementera? Mucha mezquindad sería en pensarlo. Por mi parte lo que veo es desidia, y mientras que el colono no se persuade que destruir la langosta es la suprema necesidad de su existencia, en vano serán los millones que vota el Gobierno Nacional; los millones se concluirán y la langosta se reirá de nosotros.

¿Cómo no hemos de aplaudir y de hacer nuestro un pensamiento tan hermoso, que importa un signo evidente de progreso y una envidiable gloria para la bandera argentina, que ha de flamear con orgullo, sacudida por los vientos de un continente lejano?

Chile tiene un monumento nacional en la misma Palestina, sobre las cumbres del Monte Carmelo, erigido á la Patrona de su Ejército, la Santísima Virgen del Carmen.

¿Por qué no ha de tenerlo también el pueblo argentino, donde millares de viajeros se vean obligados á pronunciar con admiración su nombre, á conocer esta nación, su noble escudo y su gloriosa bandera?

La nación no se encierra en la faja estrecha de sus límites geográficos; la nación llega hasta donde alcanza su comercio, hasta donde van los productos de su industria, las creaciones del talento y del genio de sus hijos: los monumentos que conmemoran los hechos gloriosos de su historia y de sus héroes... la nación llega hasta donde llega con honor, y flamea, sacudida por los vientos de la civilización y del progreso, la bandera de la patria, símbolo augusto de sus santas é inolvidables libertades.

Así lo han comprendido todas las naciones y todos los pueblos del viejo continente. La Palestina es una selva de monumentos: han abierto el surco y arrojado la semilla todos los viajeros del mundo y todos los peregrinos del resto del universo.

¿Quién no secundará, pues, con ardoroso entusiasmo, el patriótico pensamiento de las damas argentinas y uruguayas?



Corea.—El P. Robert, de las Misiones Extranjeras de París, escribe:

«Mis fuerzas empiezan á debilitarse; fui nombrado cura residente de la ciudad de Taikon, capital de la más vasta provincia del Sud de la Corea, ciudad de 40 á 50,000 habitantes. A mi llegada contábanse cuarenta cristianos, en su mayor parte ignorantes y sin fervor. Hoy pasan de novecientos, instruidos todos y de piedad verdaderamente admirable.

«Cuando llegué á la ciudad compré por 150 francos una casa, y luego fundé una escuela la cual cuenta actualmente más de cuarenta alumnos. Cuando mis recursos lo han permitido he ido ensanchando la propiedad comprando el terreno y las casas vecinas, he construido una iglesia dedicada á San José, y como el número de los cristianos va siendo mayor cada día, resolví edificar más espacioso templo dedicado á Nuestra Señora de Lourdes, cuya imagen me regaló una caritativa persona.

«Desgraciadamente mis deseos eran mayores que mis recursos. La iglesia de San José, á fuerza de privaciones y sacrificios pudo terminarse á los dos años de penosos trabajos; pero el templo dedicado á la Inmaculada Madre de Dios, cuyas obras obras se principiaron hace tres años, dista mucho de estar terminado. En él he agotado no sólo hasta el último céntimo, sino también toda mi elocuencia, muy pobre por cierto, mendigando entre amigos y conocidos. Resuélvome hoy á escribir estas líneas, dirigidas á las almas piadosas que se complacen en contribuir á aumentar la gloria de María Inmaculada en la lejana Corea.»



Victoria Nyanza Septentrional (África Ecuatorial).

—De una correspondencia del Ilmo. Sr. Streicher, escrita en Villa-María, Buddu, sacamos los conmovedores datos, que referentes al culto de la Virgen en Ouganda, publicamos á continuación:

«Los bagandas sienten irresistible necesidad de amar á la Madre de Dios. Apenas conocen el nombre de María, y ya á ella consagran por entero su amante corazón. Llega un día en que el pagano hace la señal de la cruz, y acto seguido arroja lejos de sí sus amuletos todos y pide una medalla: empieza á orar una pagana, y despreciando su rico collar de perlas y los brazaletes de marfil, sólo anhela poseer medalla. Por desgracia las medallas son muy raras entre nosotros. En Villa-María necesitaríamos á lo menos diez mil por cada caravana.

«Esta hermosa devoción á la Santísima Madre de Dios va siendo más viva en sus corazones, á medida que se aproxima el día en que han de ser regenerados por las aguas del Bautismo. Son bautizados trescientos, y un número igual preséntase acto seguido á ocupar las plazas que aquéllos dejaran vacantes. Entre los últimamente venidos vense jefes de pueblo y sencillos lugareños, niños y viejos, jóvenes y muchachas; es imposible describir el culto entusiasta que estos catecúmenos tributan á la Virgen María. ¡Llámanla con las más tiernas expresiones! El niño la dice *madre*, las jóvenes *hermana*, los viejos *su abuela*. ¡He oído á pobres ancianos que la llamaban *su hija*, *su nieta*! palabras que salidas de los labios de estas sencillas gentes son expresión sincera del más grande amor de cuantos atesora su corazón.

«Un día por la mañana arrodillado al pie del altar rezaba la acción de gracias. Varias mujeres arrodilladas fuera de la capilla cerca de la pared rezaban sus oraciones, cuando una de ellas levanta su hijito, y aproximándolo á la ventana le dice:

«—Pedro, di á la Virgen: «Madre, yo te amo.»

«Instintivamente volví la cabeza: ligera brisa matinal mecía las cortinas, y entre ellas vi un negro serafín, de cara sonriente, fijos sus grandes ojos en la imagen de María, asidas fuertemente sus diminutas manos en la verja de la ventana, repitiendo las palabras de su madre con armoniosa voz infantil. Y la madre feliz bajó al niño, dejóle en el suelo.

«—¿Pedro, le dijo, has visto á la Virgen como te sonreía?

«Esta mujer aún no había recibido el bautismo.

«Todos los cristianos tienen un rosario cuyos granos son las frutas de un arbusto, muy fuertes y de brillante color negro, á las que dan el nombre de *malanga*. ¡Feliz mil veces es aquel que logra poseer un rosario traído de Europa!

«Desde el primer ministro del reino hasta el último de los esclavos, todos los bagandas sin excepción llevan al cuello el rosario de María, con la única diferencia que los de los jefes más importantes tienen los granos más gruesos, y todos, aún aquellos que sólo poseen pobre rosario de *malanga*, osténtanlo con mayor satisfacción que el estudiante sus premios, que el viejo soldado sus condecoraciones.

«Posee el neófito su rosario y empieza ya á rezarlo. Quince mil cristianos cuéntanse en Buddu, y entre ellos no hay uno solo que no tenga la costumbre de rezar todos los días una parte de Rosario, y crecido número de neófitos son los que rezan las tres partes.

«Los bagandas aman á María, pero ellos á la vez son tiernamente amados. Callaré los beneficios particulares para relatar el beneficio nacional con que esta buena Madre acaba de premiar á los bagandas.

«Cinco años habían transcurrido desde que llegué á Buddu, durante el decurso de los cuales veía con dolor á los cristianos diezmados por la peste bubónica, enfermedad endémica en Buddu, llamada por los indígenas *kaumpuli*. En Febrero último arreció de tal manera el azote, que los misioneros creímos era deber nuestro elevar hasta el trono de la Virgen María un supremo llamamiento á favor de sus hijos que morían víctimas del terrible mal. Las dos Misiones de Buddu, Bikira y Villa-María, resolvieron celebrar juntas una solemne procesión. Se levantó un altar al aire libre en la cima de una colina, y para mover el compasivo corazón de la Abogada de afligidos, en nombre de toda la cristiandad de Villa-María el Padre superior hizo voto de edificar en honor de la Virgen una capilla de ladrillo y de consagrarse á ella.

«Los quince días siguientes á esta procesión no hubo una sola defunción.

«Crefase ya que el *kaumpuli* había desaparecido, cuando súbitamente reapareció: los enfermos aumentaban, elevábase á cien la cifra de los atacados cada día, pero... *todos curaron*.

«Preciso era, pues, apresurarse á cumplir el voto. En cuanto cesaron las lluvias púsose manos á la obra, y rápidamente vióse elevarse esbelta y graciosa la prometida capilla.

«El día de la inauguración las paredes quedaban cubiertas por gallardetes, guirnaldas, cuadros y colgaduras. Largas tiras de raso azul, rojo y especialmente blanco, suspendidas en forma de

dosel, reuníanse formando corona sobre la imagen de la Inmaculada Madre de Dios. Más de quince mil bagandas cubrían las vertientes de la colina. Al momento de la bendición leyóse la solemne acta por la cual se consagraban á María todos los buddus. Al comenzar la lectura una triple salva de mosquetería repercutió por los aires, y la muchedumbre entusiasmada acompañóla con repetidos gritos de alegría.

«¡Pequeño y bien ornado oratorio edificado y decorado con las limosnas de piadosos bagandas! Que Aquella á cuyo honor ha sido levantado se digne continuar bendiciendo á los misioneros que llevan su rosario y blanco vestido, y que siempre fueron felices al trabajar por la mayor extensión de su culto.»

VARIEDADES

ESCENAS DEL SANATORIO

¡POBRE AGUSTÍN!

HAY escenas en la vida, que una vez presenciadas no se borran ya más de la memoria del hombre. Tal me sucederá á mí, con una de que fuí testigo el 14 del corriente en el Sanatorio que para bien de los repatriados de Cuba sostiene el virtuoso Prelado de Lugo.

Fué al caer de la tarde de ese día, cuando acompañado de varios amigos y sin carácter alguno oficial, pasamos revista á los enfermos allí existentes. Al entrar en San Juan de Dios nadie nos conocía, y por ello recorrimos á nuestra satisfacción el departamento primero. Sobre las camas caritativamente proporcionadas por el ilustre Prelado, y con la asistencia de las Siervas de Jesús, estaban acostados multitud de soldados anémicos los unos, atacados de tuberculosis los otros y todos revelando en sus rostros aceitunados, las huellas de las fatigas pasadas y el ansia de llegar pronto á sus hogares, para tornar á la vida, mediante los cuidados de una familia cariñosa, ó hallar en sus brazos una muerte dulce, si sus males no tienen ya remedio.

Los que no se penetraron aún de la gran obra de caridad del Obispo de Lugo, secundado por las Siervas al servicio de su Sanatorio, pueden por allí darse una vuelta. Tal vez con tal visita quedarían á un lado hablillas de café, críticas sobre lo que ya no tiene remedio; y levantando la vista un poco más alto, se formaría una sola voluntad popular, nacida de un solo sentimiento, para proporcionar consuelos á los moribundos, dar aliento á los que aún tienen esperanza, y demostrar á todos que los que á la guerra no fueron, agradecen tantos sacrificios hechos y respetan á los que vuelven, como beneméritos, más aún, como mártires de la patria.

Subimos al segundo departamento, y al azar penetramos en una pequeña habitación con dos camas, á la derecha de la escalera. Sobre aquellas camas estaban dos repatriados de Cuba, cubierto el rostro del primero con un paño blanco y reclinado el segundo sobre unas almohadas, sin respiración apenas, y mojando sus labios sedientos con no sé qué tisana administrada por una joven Sierva que más que mujer parecía un ángel por la dulzura de su rostro y la santa resignación con que miraba al enfermo agonizante.

Uno de mis acompañantes levantó el paño blanco que

cubría el rostro del que creíamos dormido y le dije yo maquinalmente:

—Dejarlo dormir. Quizá más que nada necesita descanso, ¿verdad, Hermana?

La joven Sierva levantó los ojos al cielo contestándome:

—Descanso, sí necesita; pero en la gloria, porque acaba de espirar hace unos momentos.

Un sudor frío se extendió por todo mi cuerpo; los latidos del corazón se suspendieron unos segundos, y miré el rostro de aquel pobre muchacho, creyendo ver en sus ojos fijos, algo como de gratitud hacia la persona que recogió su último aliento, y de reproche hacia los que después de llevarle al sacrificio, ó no supieron ó no pudieron darle mejor compensación que una cama en una casa de caridad.

Dejemos en paz al muerto, porque al fin ya no era víctima de tantas penalidades, y nos dirigimos al lecho del otro enfermo.

Volvió la Sierva á darle un sorbo de la tisana consagrada, y por señas le pidió el Crucifijo puesto sobre la mesa de noche, que besó con ardiente y suma fe.

—Animo, Agustín, le dijo la Sierva. Este Señor te volverá la salud reservándote un lugar en el cielo; y el señor Gobernador que te dirige la palabra (pues ya se enteraron de mi presencia allí) escribirá á tus padres para que vengan á verte. ¿No es este tu único deseo, Agustín?

El pobre soldado tomó aliento, y como si no tuviera vida más que para pensar en Dios y en sus padres, cogió mi mano con sus manos ardientes de calentura, y estrechándolas con fuerza, pronunció un *sí* que revelaba todo un tesoro de ternura filial, siquiera saliera de un pecho que más parecía una tumba.

Yo le miré conmovido, y acordándome de que tuve padres y tengo hijos á quienes quiero con delirio, me sentí convulso, y sin poder remediarlo (más débil que la Sierva de Jesús), no pude contener dos gruesas lágrimas que, sin quererlo, se deslizaron por mis mejillas y ahogaron mi voz en la garganta: yo creo que aquella hermosa y santa mujer se apercibió de ello y cortando tal escena me dijo:

—¡Es un santo! ¡Es un santo! Al cielo se marcha besando este Santo Cristo y pensando en sus padres.

Yo volví á estrechar la mano del moribundo maquinalmente, y después de hablarle de sus padres y del cielo pregunté á la Sierva:

—¿De dónde son estos desdichados? ¿Cómo se llaman?

—No sé, contestó con dulzura; no sé de dónde son, porque de eso se encarga la Superiora, y sólo conozco sus nombres de pila, por llamarles de algún modo.

Mi admiración hacia la Sierva de Jesús subió de punto, y con un saludo de profundo respeto me despedí de aquella mujer admirable, que sacrificando su salud y sus fuerzas juveniles, se consagraba sólo por amor á Cristo á cuidar enfermos, prodigándoles consuelos, pasando insomnios y enseñándoles el camino del cielo, sin preguntarles su nombre, ni haberlos tropezado jamás en el camino de la vida, ni esperar recompensa alguna en la tierra por tanto sacrificio.

¡Bendita sea la Religión cristiana que tales heroínas

produce! ¡Dichosos los que venimos al mundo, cobijados bajo el manto de tan sublime Religión!

Con el pecho ahogado por la emoción, bajé con mis amigos las escaleras de San Juan de Dios; pero la Superiora de las Hermanas me salió al encuentro, y aun pasamos á otro cuarto inmediato á ella.

En un lecho igual y luchando también con la muerte, se hallaba otro muchacho andaluz, que al saber quien era me pidió con toda su alma le mandara al tren para morir al lado de su madre. Traté de consolarle y lo logré ofreciéndole llamarla, como lo hice por telégrafo y pidiendo con toda mi alma á la Virgen de mis devociones concediera tal consuelo al pobre Francisco López y al bendito Agustín.

Aquel falleció anteayer y el otro se halla espirando.

No quiso, pues, oír mi ruego la Virgen de la Soledad, tal vez porque, purificadas sus almas, les reserva mejor lugar en el cielo que el que podían hallar en sus hogares. Lo merecen, y como Dios es justo, no les faltará con su premio, teniendo en cuenta que mueren en tierra extraña, que sobre su sepultura no quedará, dentro de poco, más que un algo de hierba que los haga desconocidos, y que por sus almas sólo se aplicarán aquellos responsos que otras almas piadosas manden aplicar al sacerdote al caer sus cuerpos en la fosa común.

Verdad es que aquel *Memento homo* pronunciado por el ministro de Cristo no admite distinciones, y lo mismo los poderosos de la tierra que el humilde soldado, no se librarán de ser vil polvo...

¡Dichosos los que en estos tristes momentos fijen en la memoria tan terrible sentencia, y pensando en los repatriados de Cuba, ofrezcan cuanto de sí dependa, para que mueran consolados bajo el cielo de su querida España!

Yo por mi parte, y en lo poco que valgo, estaré siempre al lado de los que á remediar las consecuencias de la guerra se consagran. La sombra de Agustín, de aquel santo, como le llamó la Sierva, cruza todas las noches ante mi vista en las horas de insomnio. Su mano ardiente y la de su compañero estrechan la mía en el silencio de la noche, y sus ojos, ya libres de toda vestidura mortal, parecen decirme:

—Gracias, señor, por su buena obra, y puesto que en la tierra participó á nuestras madres nuestro deseo de abrazarlas, dígales también que no sufran, pues el Dios de las misericordias nos acogió en su seno.

JOSÉ SALGADO.

Lugo, Septiembre 1898.

(El Lucense).

EL DÍA DE UN MISIONERO

Conocí al abad Planson, ya anciano, ó por mejor decir, extenuado; pues que su vida, tan larga por las obras, fué en realidad bien corta. Murió antes de los cincuenta años; pero no había en Francia una sola población que no hubiese evangelizado; y ¿qué campaña atravesó, qué iglesia hubo en la que habiendo entrado para orar no hubiese anunciado la palabra de Dios? En la tierra regada con los sudores del abad Planson germinaron y crecieron abundantes frutos, humildes delante del mundo, pero preciosos delante de Aquel que creó las almas. Lo que él hizo sólo Dios lo sabe; nosotros no podemos siquiera imaginarlo.

Poseía un don particular para abrir los corazones, para atraerlos, para encaminarlos al trabajo de la caridad. En todas partes fundó Sociedades de beneficencia, no filantrópicas, pues tenía horror á esto, sino católicas, dedicadas principalmente á las necesidades espirituales de los desgraciados, de las que no se acuerda la filantropía. Cuando existían ya esas Sociedades, la reformaba, las dejaba al partir más cristianas, más ricas, más sólidas. A esto llamo yo hacer un bien que no puede imaginarse. Porque se sabría en cuántos lugares y cuántas veces predicó, cuánta gente convirtió, á cuántos consoló, á cuántos salvó en el artículo de la muerte; pero esto nada sería: faltaría saber cuántos otros son y serán exhortados, convertidos, consolados, librados de sus pecados en la hora suprema, por las obras que tras él dejó, llenas de su caridad. Esto es incalculable. Jamás tuvo otra propiedad que su breviario y su sotana, é hizo construir más de veinte iglesias, más de cincuenta casas de refugio; jamás gastó treinta sueldos en su comida, é invirtió millones en beneficio de los pobres.

Era más ingenuo que un niño, y hablaba de sus trabajos sin sospechar que hubiese hecho alguna cosa. Viendo únicamente la misericordiosa intervención de Dios en todo lo bueno que sucede á los hombres, no tenía en cuenta el instrumento de que Dios se dignaba servirle, mayormente cuando era él este instrumento. Aprovechéme de su sencillez. Desde nuestra primera entrevista le hice contar cosas maravillosas. Tomo al azar, de entre mis recuerdos, la relación de uno de los días del misionero en París, donde había ido para descansar, atendiendo á diversos asuntos de su Comunidad. ¡Pudiese yo, relator fiel, comunicar á los que han conocido al santo algo de aquel dulce y candoroso acento con que movía los corazones. Le dejo hablar:

«Fuí por la mañana temprano á ver á un hombre, cuya admisión en una especie de hospital particular, fundado por personas que no conocía, había podido conseguir el día anterior. ¡Almas santas! ¿Qué diremos nosotros á Dios, cuando nos mostrará estos devotos laicos? Mas luego que en alguna parte hay un hospital, no faltan pretendientes que se ponen á la puerta para entrar. Había atravesado París diez veces, sin haber podido hacer admitir mi candidato. Importunaba á los excelentes fundadores, los cansaba hasta el punto de darme vergüenza; otros en su lugar me habrían echado: por fin, vacó una cama y se me concedió. Ya tuve al pobre hombre colocado, bien cuidado, en buen aposento; una Hermana de la caridad para servirle, un capellan celoso en la casa para confesarlo, para administrarle los Sacramentos. Si Dios le concede su curación tendrá una capilla donde podrá oír Misa todos los días durante su convalecencia, y fortalecida su fe cuando salga; si muere, todas las proporciones para morir como un santo. No le compadezco. Mi caro amigo, los hombres que tienen horror al hospital no consideran que es como la puerta grande del paraíso: ¿hay en el mundo un lugar, excepto los conventos, donde se tenga mayor seguridad de morir bien? no es menester más que quererlo. ¡Aquellas Hermanas tienen una gracia para preparar para la muerte!... Cuando veo pasar una camilla, digo: ¡Gloria á Dios! ¡otro predestinado!

«No era esto todo: mi enfermo tenía una niña, que no dejaba de embarazarnos; acordéme de ella al ir á decir Misa. Felizmente debajo del portal de San Sulpicio encontré á una señora en que se me hizo reparar la vispera, y que en efecto era digna de llamar la atención: la condesa de*** que en el espacio de cuarenta años ha criado y salvado más huerfanitos que niños hizo morir el cruel Herodes. Una fe de santa, un valor de apóstol, un corazón... ¡sólo puedo compararlo al Corazón de María! Su tiempo, su fortuna, su vida, todo lo ha dado. En su casa se ven siempre... ¡ah! ¡qué espectáculo! más de cien niñas que ella mantiene, viste y educa, que nunca abandona. Presentéme á ella y le dije:

«—Señora, tengo una niña de siete años, un pequeño querubín; su madre no existe, su padre está en el hospital; no tiene pariente alguno ni otra persona que yo en el mundo, ni otra esperanza que Dios y vuestra bondad. Os lo suplico, encargaos de esa niña.

«—¡Ah! señor abate, no sabría dónde meterla. Todas mis camas y todas mis cunas están ocupadas.

«—Ya lo sé, señora; ¿pero qué será de ella si la rechazáis? Estamos precisamente en tiempo de Navidad. Hace un frío cruel y penetrante. Señora, proseguí, en nombre de José y de María, despedidos de las posadas de Belén, en nombre de Jesús pobre y desnudo en el pesebre, admitid á mi niña.

«—¿A quién tengo el honor de hablar? me preguntó la buena señora.

«Hubiera querido yo ser cardenal.

«—¡Ay! dije, á un pobre misionero, que no tiene ninguna recomendación para vos; pero esa tierna criatura se recomienda por Jesús crucificado. ¡Ved qué frío hace! En cuanto á mí, soy el abate Planson, misionero.

«¿Creeréis, mi amigo, que me conocía?

«—¡El abate Planson! dijo, debía haberlo sospechado. Dios no quiere que os desatienda. Pasad á mi casa á las tres de la tarde. No tengo puesto desocupado, pero la ayuda de Dios hallaremos uno en cualquier con parte.

«Fuíme á decir Misa muy contento, lleno el corazón de acciones de gracias al Niño Jesús. Porque, merced á Dios, he visto siempre llegar la Providencia á tiempo para sostener á los que no tenían apoyo; nunca he dudado de un milagro cuando he creído que era necesario para los desgraciados, y nada me sorprende de lo que Dios hace; pero nada de lo que El hace se realiza sin que me maraville y deje mi corazón henchido de reconocimiento, cual si viese á mi Divino Maestro manifestar por vez primera su misericordia. Esta es la vida del clérigo y del misionero: ningún hombre ha sido más dichoso que yo en la tierra.

LUÍS VEUILLOT.

(Se continuará).

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Un católico, de Barcelona.	3	pesetas.
J. S.	2.50	»
D. Bernabé Chaves, de Bienvenida.	15	»

(Se continuará).

TIPOGRAFIA CATOLICA, Pino 5, Barcelona

La segunda esposa de Constantino, Fausta, hija de Maximiano-Hercúleo, había recibido en dote un antiguo palacio, que Nerón había confiscado á Plauto Laterano, condenado á muerte so pretexto de conspiración, y que hubiera podido decir como el Romano proscrito por Sila: «¡Mi palacio me ha perdido!»

Aquel vasto edificio se elevaba en un sitio admirable: desde sus ventanas descubriase por un lado un inmenso anfiteatro y un templo antiguo, dedicado á Venus; por otro lado la campiña romana atravesada por las montañas de la Sabina, coronadas por una niebla azulada. Vivía reunida en palacio toda la familia de Constantino: su madre Elena; los hijos de su primer matrimonio, Crispo y Constancia; su esposa Fausta y los tres hijos que había tenido de ella, y que subieran más adelante las gradas del trono imperial.

De este modo el lazo sagrado de la familia reunía sangres extrañas y razas diferentes; la hija del cruel perseguidor de los cristianos, y la santa abuela que no vivía sino para Dios; los hijos mayores de Constantino, fieles los dos á la Iglesia, y sus jóvenes hermanos nutridos en secreto con la leche de la herejía; todos eran cristianos, pero en diversos grados, y con mas ó menos sinceridad: el Emperador y su hijo eran del número de los catecúmenos; Elena y su nieta habían ya recibido el Bautismo; Fausta, aunque bautizada, tenía alguna duda sobre la pureza de su creencia, y no se unía á los actos y oraciones de su suegra y de Constancia.

Estas dos estaban unidas; unidas por la sangre, por la fe, por el amor á Cristo, por el amor á los pobres: aunque de tan diversa edad, la más íntima confianza unía sus pensamientos y sus deseos, no se separaban un momento, visitaban juntas las iglesias y los oratorios dedicados á los Mártires, juntas recibían á los diáconos y diaconisas que tenían á su cuidado los tesoros de la Iglesia, las viudas, los huérfanos y los ancianos; juntas trabajaban para el ornato de los altares que el sol debía en adelante iluminar, ó para vestir á los menesterosos. Ambas eran las primeras de esas reinas y princesas cristianas que han depositado su diadema al pié de la Cruz, y que han preferido á los títulos inventados por el orgullo humano el humilde dictado de madres y siervas de los pobres. ¡Y era en el palacio de Nerón donde llevaban una vida tan santa, y cuyos placeres tenían algo de celestial!

Ocupaban una habitación retirada de esta mansión en otro tiempo suntuosa, y habían escogido la más sencilla, y sobre todo la que presentaba menos vestigios de las fiestas paganas

que aquellas paredes habían presenciado. La piadosa Emperatriz había mandado hacer pedazos las cabezas de sátiros, las bacantes furiosas, las náyades y las ninfas que adornaban los artesonados: habiendo cesado las persecuciones, aquellos mármoles, aquellos mosaicos, aquellas pinturas no representaban á los ojos de los fieles las bellezas del arte de Zeuxis ó de Fidias, sino que recordaban las abominaciones y crueldades de la idolatría; y los cristianos hubieran mirado con horror la fría tolerancia que hubiese respetado á aquellos dioses de las naciones que no eran sino demonios. Constancia había colocado en su aposento una de esas cruces ornadas con perlas y rosas con que los artistas mártires adornaban los sombríos muros de las catacumbas; al lado había una antigua imagen representando con colores vivos sobre fondo de oro la Santísima Virgen, llevando en brazos á su Divino Hijo, cuya pintura atribuía la tradición al evangelista san Lucas.

Delante de este cuadro la hija del Emperador oraba trabajando. En el momento en que volvemos á encontrarla, recamaba de oro y plata una dalmática de seda carmesí, y á su lado hilaba su abuela un lino muy hermoso y fino, destinado también á los altares. Antes del trabajo habían leído como de costumbre algunos versículos del Evangelio. Habían meditado en silencio la palabra santa, y al presente conversaban sobre cosas del día, mientras sus manos laboriosas hacían correr la aguja y dar vueltas al huso.

—Madre mía, dijo Constancia dirigiendo á su abuela una mirada tierna y confiada; no sé por qué, pero se me figura que es una sugestión de los Angeles buenos, hace algunos días no ceso de pensar en esa joven huérfana, Lea Valeria, confiada á los buenos cuidados de Cornelia, y á quien visteis el día en que mi padre mostró su amor al apóstol San Pedro.

—Y ¿por qué esa joven ocupa tanto tu memoria?

—Porque no tiene padre ni madre, ni conoce al Dios verdadero. ¡Cuánto la compadezco, yo que tengo un padre tan glorioso, una madre tan buena y que conoce al Dios de toda verdad!

—En efecto, es muy digna de compasión, como todos los infelices que siguen la idolatría! Debemos rogar mucho por ellos para que la luz divina ilumine su entendimiento.

—¡Ah! os aseguro, abuela, que ruego por todos, pero de un modo especial por Lea. Sé que pertenece á una raza obstinada en sus errores; nunca ha podido penetrar en su razón un rayo de la verdad. Su abuelo odiaba de muerte á los cristianos.

—Y Cornelia y su hija ¿se acuerdan de nosotras?

(Se continuará).

LIBROS PARA OCTUBRE

El Rosario y su mística filosofía, 1'75 plás. en tela.—El mes de Octubre consagrado á Ntra. Sra. del Rosario, 4'50 plás. en piel.—Mes del Rosario, 1'75 plás. en piel.—Mucho Rosario. Librito n.º 24 de *Conversaciones de hoy sobre materias de siempre*, 4 plás. ciento.—El Santísimo Rosario, 10 cént. ejemplar.—El Rosario en la Misa, 38 cént. en rústica, y 88 en tela.—Manual del Santísimo Rosario, 2'25 plás. tela.—El Serafín encarnado, 1 pla. en rústica, y 1'60 en percalina.—Novena á San Francisco de Asís, 48 cént.—Vida de San Francisco de Asís, 3 plás. en rústica, y 4 en tela.—Mes de Octubre consagrado al Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, 4'50 plás. en tela.—Guía práctica de los Hermanos de la V. T. O. de nuestro Padre San Francisco, 75 cént. ejemplar.—La mujer grande. Vida meditada de Santa Teresa de Jesús, 9 plás. rústica, y 12'75 pasta.—Triduo á Santa Teresa, 5 cént.—Espiritu de Santa Teresa, 5 cént.—Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 6, Barcelona.

ANUNCIOS

OBRA NUEVA

EL DEVOTO DEL PURGATORIO

Ó SEA MISA Y ORACIONES EN FAVOR DE LAS BENDITAS ANIMAS

POR EL P. ANTONIO DONADONI, S. J.

La piedad con los difuntos es uno de los primeros sentimientos del corazón humano que siente dentro de sí deseo vivísimo de con súplicas y sacrificios aliviarles en sus penas y auxiliarles para que cuanto antes puedan las almas que están detenidas en el purgatorio gozar de la bienaventuranza eterna.—El libro del P. Donadoni, es guía del fiel en esta piadosa devoción y contiene: *La Santa Misa*.—*Rosario para los difuntos*.—*Devoción á las benditas ánimas*.—*Devoción á la santísima Pasión por las ánimas del Purgatorio*.—*Devotísimo ofrecimiento de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo por las benditas ánimas del Purgatorio distribuido en los siete días de la semana*.—*Devoción llamada de los «Cien Requiem»*.—*Confesión y Comunión*.—*Via Crucis*.—*Visita al Santísimo Sacramento*.—*Devoción á Jesús, María y José por el primero de cada mes*.—*Consideraciones para asistir al santo sacrificio de la Misa*.—*Trisagio de la Santísima Trinidad*.—*Día diecinueve*.—*Devoción al castísimo Patriarca San José*.—*Humilde rogativa al glorioso San Antonio de Padua*.—*Responsorio de San Antonio de Padua, etc., etc.*

Véndese encuadernado en piel á 1 pta. ejemplar.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino 5, Barcelona.

EN PRENSA

DE MI COSECHA. Cuentos varios. Por Norberto Torcal.

NUEVAS ESTAMPAS

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Precioso fotograbado reproducción del célebre cuadro del distinguido pintor español, residente en Roma, Sr. Estruch. El Santo sostiene con su mano izquierda un libro, en cuyas abiertas páginas se lee la hermosa frase: *Timor Domini est initium sapientie*; y apoya la derecha en la espalda de hermoso niño. Impreso en papel mate superior, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho; véndese al ínfimo precio de 50 céntimos ejemplar.

SAN JUAN DE DIOS

Precioso fotograbado reproducción, al igual que el anterior, de piadoso y artístico cuadro del Sr. Estruch. Representa al Santo llevando en brazos á Jesucristo en forma de pobre mendigo; dibujadas ambas figuras con magistral perfección y rodeadas por hermoso efecto de luz, están llenas de piadoso sentimiento. Impreso en excelente papel mate, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho, y véndese á 50 céntimos ejemplar.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.